

ALEJANDRO STILMAN

# EXTRAÑOS DE ÁNIMO

**D**  
Literatura  
UNAM





**PREMIO CAZA DE LETRAS 2012**  
**CUENTO**



# EXTRAÑOS DE ÁNIMO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

**José Narro Robles**

Rector

**María Teresa Uriarte Castañeda**

Coordinadora de Difusión Cultural

**Rosa Beltrán**

Directora de Literatura

*Edición*

Carmina Estrada

*Asistencia editorial*

Itzel Rivas Victoria

*Diseño y formación*

María Luisa Passarge

1ª edición: 2013

Fecha de edición: octubre de 2013

D.R. © 2013, Alejandro Stilman

D.R. © 2013, Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán

C.P. 04510, México, Distrito Federal

Coordinación de Difusión Cultural

Dirección de Literatura

ISBN: 978-607-02-4675-3

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio  
sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impresión en offset

Impreso y hecho en México

# EXTRAÑOS DE ÁNIMO

ALEJANDRO STILMAN



Textos de Difusión Cultural

Coordinación de Difusión Cultural  
Dirección de Literatura

México, 2013





AUDACIAS



## Infinitas maneras de medir el tiempo

**P**udimos haber seguido de largo, pasar uno al lado del otro, pero no sucedió así: nos vimos, nos reconocimos. Probablemente porque la calle, ese tramo de la calle, a pesar de la hora, en ese momento quedó desierto. Probablemente también porque, aunque no estaba escrito en ninguna parte —después de todo— teníamos que encontrarnos.

Fue imposible no vernos, los dos, recortados en ese oasis en medio de tanta gente.

Cada uno se sorprendió al reconocer al otro y notar que el otro lo reconocía. Y paramos. Serios, silenciosos. Incluso hoscos.

No sé cuál habrá sido mi expresión, pero no debe de haber sido muy confiada.

Rafael siempre llegaba tarde.

Le pregunté, sin reproche alguno, a modo de saludo, a qué hora habíamos quedado.

—A las cuatro.

Asentí. Habíamos quedado a las cuatro.

Pero no en esa calle ni aquel día.

Noté las pinceladas de canas que se adueñaban de sus patillas como borroneándolas. En realidad, todo en él estaba borroso.

—Pero, sabés, yo siempre llego tarde —agregó.

Era un mal chiste. Por eso ninguno rió.

Entonces hice algo que nos permitíamos hacer. Miré el reloj.

Después dije:

—Veintinueve años tarde.

Rafael siempre llegaba tarde y eso —exclusivamente en su caso— era

una certeza tranquilizadora. Que llegara puntual a una cita habría significado que algo no andaba bien. Que no llegara, como al final sucedió, lo mismo.

El plan era simple, como la mayoría de las cosas inevitables. En realidad era un plan íntimo, de cada uno, de modo que también era natural que lo compartiéramos, por lo que se convirtió en un plan secreto.

La discreción a la que estábamos sometidos tenía una fisura que esa discreción no conseguía achicar. No es fácil disimular cuando se tienen veinte años. No es fácil porque el esplendor de los veinte es tan inculcable como sus pozos de oscuridad desesperada y suicida. No se puede porque no se puede.

Por otra parte, un secreto necesita de gente que lo desconozca, lo que no quiere decir que lo ignore. Y eso, al plan, lo consagraba como complot. En consecuencia, vivíamos en un estado de alerta aunque pasáramos por distraídos: debíamos parecer distraídos para no despertar sospechas.

Ahora que lo pienso, era bastante complicado.

Nos movíamos en la zona del centro, por los alrededores del cine del subsuelo, a metros de la estación central de los trenes subterráneos. En ese laberinto de galerías abovedadas y andenes superpuestos, durante décadas, las filtraciones de humedad bañaron los azulejos en una catarata delgada, incesante.

Aquello que chorreaba por las paredes era una especie de té frío que olía como papel de diario. Diario viejo, mojado. Ese olor se mezclaba con el de la nicotina de los cientos de puchos arrojados sobre las vías. Una escarcha de filtros embebidos en la saliva de los fumadores que ennegrecía los durmientes.

Un cronista de la ciudad había calculado, considerando los andenes afectados por las pérdidas, que por día debían de drenar cerca de quince mil litros.

Mientras esperábamos la llegada del tren para intercambiar con alguien el papel que portaba la palabra o la frase que otro había escrito en algún extremo de la ciudad —equivalente, ese papel, al diente del engr-

naje que movilizaba el plan— mirábamos cómo el agua brotaba entre las juntas y se derramaba por las paredes azulejadas. Era algo hipnótico.

Fue en el diario que mensuró el caudal de agua caída donde salió la noticia del suicidio de una chica de veinte. La iban siguiendo, nos enteramos después, y escapó arrojándose a las vías.

—Veinte años: siete mil trescientos días: cien millones de litros —dijo Rafael, y se quedó pensando.

Sabíamos que por cada estación pasaban ciento treinta subtes al día. Una semana más tarde lo escuchamos decir:

—Veinte años: novecientos cuarenta y nueve mil subtes.

Lo miramos.

—Una vida —aclaró.

Por esa época, creo, empezó su obsesiva manera de tasar el tiempo. Y a todos nosotros, al andar por esa confluencia de andenes, nos quedó para siempre la sensación de estar yendo por una clepsidra en ruinas.

Rafael justificaba sus demoras moviendo las manos en coreografías nerviosas. Llamados telefónicos o extravíos de llaves o accidentes de tránsito lo emboscaban a último momento. Era rehén de una conspiración contra la puntualidad.

Cuando asumimos el plan, él fue beneficiado con una cláusula excepcional. La convención, con respecto a las citas, estipulaba esperas máximas de un cuarto de hora. Se estableció que Rafael llegaría siempre media hora después. Puntualmente. A cambio, él renunció a las explicaciones y por consiguiente a los movimientos de sus manos que llamaban innecesariamente la atención.

Yo conocía muy bien esas manos de piel suave que, armadas de un lápiz o carbonillas, eran maestras en el arte del retrato. Las conocía porque a veces, antes de que empezaran las películas, nos dábamos ánimo con un apretón y quedábamos así por unos instantes, tomados de las manos como fieles en una iglesia, obedientes al misal romano. Pero nada de eso. Era la época. En cualquier cine, no sólo en el del subsuelo, los que no se tomaban de las manos hacían contacto sobre los apoyabrazos,

codo a codo, o más abajo, pierna con pierna, como al descuido. Pero cuando se apagaban las luces esos puntos de contacto se asentaban. Parecerá extraño, pero tendrían que haberlo vivido para entender hasta dónde tales encadenamientos, butaca a butaca, fila a fila, proveían una sensación de amparo. Durante las proyecciones, sin que nos diéramos cuenta, los escuadrones entraban con su presa marcada. Al finalizar la película, al regreso de la luz, faltaba alguien. Era sobrenatural: justo a nosotros, tan atentos, tan resueltos a incidir en la realidad.

Los acomodadores eran hijos de Pilatos: “Si el espectador no está, no está. Es una incógnita —decían—. Puede que la película lo defraudara y se haya ido. Pero no lo sabemos. Sólo sabemos que el espectador no está.”

De ese cine, sometido a los rumores y las vibraciones que producían los trenes al llegar o partir de la estación central —un tembladeral que a quien iba por primera vez le hacía temer un terremoto— nadie se iba así. Las películas decepcionantes eran un incentivo para los debates que después se extendían a los restaurantes y los bares. Nadie resignaba la oportunidad de defender a rajatabla a su director predilecto ni desperdiciaba la de ensañarse, si lo que se acababa de ver encajaba en la definición de “bodrio”.

Caminamos. Yo admití que no podía explicar qué sentía. Rafael alzó una mano para darme una palmada, pero se retrajo indeciso y quedó como congelado, con la mano en el aire:

—Casi te toco.

Aprensivo, agradecí que no lo hubiera hecho. Pero simulé fraternidad:

—Ni un abrazo nos dimos.

—Nunca en la calle.

Tenía razón. Eso, en la calle, nunca.

Algunos actores deploran quedar solos en escena a la espera de que la obra avance. Esas fracciones de tiempo muerto debilitan, sostienen ellos, la verosimilitud de las composiciones. Para nosotros, ese tiempo muerto durante la espera en el banco de una plaza o una esquina era

un tiempo delator. Teníamos diecinueve, veinte años. Imposible pasar desapercibidos al aguardar a un desconocido que se identificaría con una contraseña.

Las citas eran cruciales, le daban vida al plan, y las fuimos puliendo, perfeccionando. Sólo esperábamos un cuarto de hora. No más. Por las dudas, preveíamos un segundo punto de encuentro. Si ahf también fracasaba, dábamos aviso.

Habría sido por culpa, para compensar esa defección suya que Rafael, paradójicamente, se volvió un ingeniero *ad hoc* en calibrar las actividades y ajustarlas al tiempo. Había empezado encontrando la equivalencia entre los años y el caudal de agua que resbalaba por las paredes de los andenes. Siguió con el cálculo del paso de los trenes. Después, estableciendo la repetición de palabras que, a cierto ritmo, daba una precisa unidad de minutos.

Hacíamos, como actores, ejercicios de relajación para sobrellevar las esperas con naturalidad. Usábamos relojes pulsera que nunca mirábamos para ostentar que nos tenían sin cuidado. Los relojes éramos nosotros mismos. Rafael nos instruyó: contar hasta noventa equivalía a un minuto. Al terminar, empezábamos de nuevo, desde cero. Quince veces noventa. No seguíamos directamente hasta el mil trescientos cincuenta porque al pasar la centena la pronunciación mental de las cifras, sus variaciones prosódicas, alteraban la métrica, descomponían el ritmo. Así, cuando decíamos “noventa” por decimoquinta vez era un cuarto de hora: clavado.

Diferente era cuando nos citábamos en los andenes. Ahf no era preciso disimular: quedábamos mimetizados en la espera de la multitud. Pero se nos complicaba si el tren llegaba y no aparecía, a bordo del coche prefijado, quien debía estar.

El día de nuestra cita, ni bien salió de su casa, una patrulla de civil empezó a seguir a Rafael. Él advirtió que lo tenían. Lo usual era que nos dejaran circular unas horas, a veces un día entero, antes de cazarnos. Apostaban a que nos viéramos con otros para mejorar el resultado de la pesca. En la emergencia, buscando perderlos, Rafael se internó en



la clepsidra, tomó un tren, otro, corrió por los andenes. Por último, regresó a la superficie y volvió a bajar, pero esta vez, al cine. Sacó una entrada y ocupó un puesto en la fila.

La fila, por lo general, ascendía desde el subsuelo hasta la calle por una escalera de mármol. Los que quedábamos en la escalera aprovechábamos para sentarnos. En ese acampe transitorio para ver películas que nos teñían de sospecha (ya que siempre terminaban en las nóminas de la censura), nos saludábamos con desconocidos en código de camaradería, lo que seguramente también habilitaba a infiltrados.

Ese día, Rafael, con la patrulla al acecho, se sentó en el tercer escalón del segundo tramo, donde estaba la ranura. La ranura era un defecto del mármol en la juntura entre el escalón y el contraescalón. Uno de los tantos intersticios que había en la ciudad —en columnas, pedestales, fachadas de edificios— que usábamos como buzones secretos. Depositábamos allí lo que alguien, después, con discreción pasaba a buscar.

Ese día, Rafael se las arregló para insertar un papel.  
“Cuidá a Marcela”, escribió.

Los escuadrones habían tomado el control de la escuela. Marcela, Rafael y yo cursábamos Artes Gráficas. Nuestras afinidades nos reunieron en el plan con la ejecución de un operativo bautismal: denunciar la expulsión de un profesor.

Sin que nos vieran —entonces no había cámaras de seguridad por todas partes— subimos a la azotea y colgamos boca abajo una bolsa cargada con panfletos: cien hojas fotocopiadas. Al hilo que la mantenía cerrada le atamos el espiral que encendimos antes de bajar. El espiral, uno de esos que ahuyentan mosquitos, funcionó como una mecha lenta. Cuando la brasa alcanzó el hilo, la bolsa se abrió y los panfletos llovieron sobre el patio en medio del recreo.

El profesor expulsado era el de dibujo.

En sus clases de retrato —seríamos unos veinte y nosotros mismos posábamos— un poco en broma y un poco en serio, nos sugería distorsionar los rasgos de los modelos. Los escuadrones, decía, eran incapaces

de valorar artísticamente esos trabajos. “Ellos sólo ven pistas para nuevas persecuciones; ellos no entienden de retratos, sólo de *identikit*.”

—Ese día... —empezó a decir.

—Ese día encontré el papel —dije.

Rafael hizo como si no me hubiera escuchado y preguntó:

—¿Cuánto tiempo hay en un espiral?

Me quedé mirándolo.

Era él. Un Rafael grande, como yo —andaríamos por los cincuenta—, pero no sé. No eran solamente las pinceladas de canas en las patillas. Pensé que de habernos dado el abrazo yo habría contenido la respiración, cerrado los ojos. Rafael era un escombros. Llevaba un bolso de cuero marrón. La correa le cruzaba el saco al que el uso había teñido de una oscuridad sucia. Lo mismo su camisa, la corbata negra muy ajustada al cuello.

—¿Cuánto...? —lo pensé un poco— ¿con viento o sin viento?

La lámina de agua que caía por las paredes de los andenes olía a diario viejo y mojado. El de los espirales, en cambio, era un aroma austero, fluctuante entre la menta y la mirra. A veces elegíamos un edificio y subíamos a la azotea para instalar el dispositivo, el mismo que habíamos probado en el colegio, que nos garantizaba el tiempo necesario para el repliegue, antes de que los volantes empezaran a bailotear sobre las cabezas de los peatones.

Les decíamos “incienso”, pero eran espirales: mechas verdes que se vendían de a pares, encastradas una en la otra, en discos que había que desmontar con cuidado para que no se quebraran.

Terminada la instalación, mientras bajábamos en los ascensores mezclados con otros pasajeros, pensábamos en la brasa que avanzaba hacia el hilo como un topo por el túnel del aire. Las mechas, según el ánimo del viento, se consumían más rápido o más despacio. Y esto había que calcularlo al elegir el tamaño del tramo que dejábamos encendido.

Después, observábamos desde lejos.

Los que pasaban miraban caer los papeles o los atrapaban en pleno vuelo. Durante esas nevadas —así las llamábamos, “nevadas”— no manifestábamos ninguna emoción. Fingíamos indiferencia. Y era estupendo.

Con el mismo método instalábamos banderas.

A veces incluíamos un explosivo —ésos de los de las fiestas de fin de año— y con la detonación se desenrollaba un paño con el símbolo que identificaba al plan. Eran operativos resonantes, aunque menores. Pero en esos minutos la energía callejera se erizaba. Se escuchaban sirenas, frenadas de autos. Los escuadrones corrían desconcertados. Como cualquiera, nosotros también mirábamos hacia un lado y hacia otro. ¿Qué estaba pasando?

—En dos centímetros, sin viento —hice memoria—: ¿Diez minutos?

Sonrió sin convicción.

—Estás delgado —dije.

Aquella tarde comuniqué que Rafael no había llegado a la primera ni a la segunda cita, a la hora tardía que él tenía como prerrogativa.

“Ese espectador no está”, dijo el acomodador cuando se encendieron las luces en el cine del subsuelo. Fue lo último que se pudo reconstruir sobre él. Eso nos obligó a dispersarnos, lo que equivalía a desarticular el pequeño círculo al que pertenecíamos para no poner en riesgo a los demás.

Indisciplinado, en vez de tomar distancia fui a buscar a Marcela. Rafael estaba embrujado por ella. O mejor dicho: la amaba. “Amarcord”, decía yo. Él no se atrevía a hablarle; alucinaba con que era virgen. Yo lo acicateaba: “Te confunde *La fuente de la doncella*.” “¿A vos no te pasa nada?”, me preguntaba. A mí no me pasaba nada porque era demasiado linda y pensaba que a ella nunca le pasaría algo conmigo: “Sólo somos *Los compañeros*”, me evadía, jugando con el título de la película de Monicelli y el estribillo de una canción que estaba de moda.

La verdad era que ella estaba en el vértice de un triángulo amoroso nunca enunciado. Esperaba, imagino, que Rafael o a lo mejor yo diéramos un paso en firme. Pero a esa edad, en esos años... hasta era posible que fuera virgen. Mientras tanto, compartíamos las actividades del plan y disfrutábamos su amistad. Después de cada proyección ella abría el debate revelándonos significados que nosotros demorábamos en captar. A veces ni se daba cuenta de que se le caían las lágrimas en el fervor de esas intervenciones. Y si se daba cuenta —lloraba y refa al mismo tiempo— se disculpaba: “Perdón, estoy salpicando.” En algunas avanzadas de seducción, Rafael simulaba atrapar sus lágrimas como si fueran burbujas. Pero como no se animaba con ella, me lo explicaba a mí: “Es el efecto clepsidra. ¿Cuántas lágrimas suelta Marce por pico de emoción? Deberíamos calcularlo.”

Ella era así para el cine, los libros, el plan. No sé cómo la habría cuidado de haber llegado a tiempo. No sé qué habría sido de nosotros. Una cuadra antes de su casa distinguí los autos de vidrios oscuros, el personal de lentes oscuros, toda una patrulla en plena faena.

Me volví, contando hasta noventa. Quince veces. Quince veces quince. Mil cuartos de hora. Millones de litros de agua resbalando por las paredes de los andenes. Kilómetros de espirales.

También inventábamos minutos. No los de sesenta segundos, sino otros. Eran minutos hechos con palabras, para zafar cuando nos paraba una patrulla o para dar tiempo a que alguien se pusiera a salvo. Así llamábamos a esas excusas providenciales que —en cuestión de un minuto— decidían la suerte propia o la ajena. Ellos estaban todo el día pidiendo documentos y nos interrogaban por separado. ¿Cómo se llamaba el otro? ¿De dónde lo conocíamos? ¿A dónde íbamos? Las respuestas tenían que ser simples y convincentes. Había minutos armados de antemano y algunos esquemas generales de minutos para improvisar en casos de emergencia. Una noche, Marcela respondió con preguntas a las preguntas que le hacían y la dejaron seguir. Tuvo suerte esa vez. “Yo quiero saber si en este mundo se puede ser una buena persona sin despertar sospechas”, dijo como si no le importara nada, como si no

tuviera de qué preocuparse. A veces funcionaban así esos minutos nuestros, de una manera sorprendente, como si salieran de relojes pintados por Dalí.

Seguimos caminando, sospecho que a la defensiva. Rafael era un enigma (también yo lo sería para él), y el pudor amurallaba las preguntas más obvias que podían ocurrírse nos, tantos años después.

—Veintinueve años —dije para mí.

Casi murmuradas, aquellas palabras repercutieron en él como un golpe de electricidad estática: se encogió de hombros en un movimiento oblicuo, en la torsión del cuerpo al tirar de la correa para traer hacia adelante el bolso de cuero. Me impresionó lo espasmódico, lo arduo de la reacción.

Había entrado en un estado de ansiedad. Levantó la solapa del bolso y sacó un cuaderno. Un cuaderno grueso, forrado, con una etiqueta que no llegué a leer. Lo guardó y buscó otro. Éste tampoco resultó el que quería. Llevaba seis cuadernos similares. Por fin, abrió uno. Las páginas estaban divididas en columnas cargadas con cifras.

Recorrió los renglones con un dedo y se detuvo en el correspondiente al número veintinueve. Apuntó la columna presidida por la palabra “años”. Me miró, dijo:

—Diez mil quinientos ochenta y cinco días.

Deslizó el dedo hacia la columna vecina:

—Un millón trescientos setenta mil subtes.

Siguió hasta la columna del agua:

—Ciento cincuenta millones de litros...

Hablaba como si hubiera resuelto acertijos milenarios. Entendí que si le preguntaba cuántos subtes pasarían en un siglo tendría la respuesta. Ahí estaban las frecuencias de los metros de Tokio, París, Nueva York. Había traducido los más dispares flujos y procesos del mundo a días, meses, años, desde las cantidades de pasajeros hasta los metros cúbicos que descargan por segundo las cataratas de Khone o las del Niágara.

—Pará, Rafael, pará...

No me sentía con ningún derecho a indagarlo, a preguntarle qué había sido de él en esos años, pero me atreví a señalar los otros cuadernos.

—¿Puedo?

—No —dijo. Lo dijo de buena manera.

—Tomemos un café —lo invité.

—Mejor aquí —dijo sentándose en el umbral de un negocio que estaba con las persianas bajas.

Me acomodé a su lado.

Guardó aquel cuaderno, sacó otro. “Estadísticas” decía en la etiqueta. Sobre una base de datos primarios había proyectado cuántas mujeres resultarían golpeadas en Turquía, cuántos suicidios se producirían en Japón, cuántos niños nacerían con malformaciones, cuántas personas quedarían ciegas. Para Rafael, todo era una unidad de tiempo. Un día en la Tierra equivalía a setenta y dos mil valijas perdidas y de ahí en más las proyecciones podían ser infinitas.

Guardó el cuaderno de las estadísticas y se quedó con uno que ahora sostenía entre las manos, con los brazos descansando en las rodillas. Contemplaba las pisadas, el desfile que animaba la vereda. ¿Cuántas pisadas por metro, por cuadra, por bocacalle? Me decía que a lo mejor estaba calculando eso, inventando otro cronómetro, cuando distinguí las cicatrices, irregulares, paralelas a los puños de la camisa en las muñecas. “¿Qué hiciste?, ¿qué te hicieron?”, pensé. No me animaba a preguntárselo.

El plan. Todo había durado un cuarto de hora: contar hasta noventa, la clepsidra, los minutos, los espirales, las nevadas.

Él se volvió y me miró mansamente. Era la primera vez que miraba de ese modo, con una ternura expuesta.

—Éste sí que está bien —dijo enseñándome el cuaderno.

“Películas” decía en la etiqueta.

Pasó las hojas muy despacio, como si en realidad no las viera. Junto al título de cada película figuraba el año del estreno y los minutos de duración.

—¿Está bueno? —pregunté.

Tomó un sorbo de aire. Luego hizo una pausa y empezó a leer:

—Veintinueve años son ciento veintinueve mil ciento cincuenta y dos veces *Amarcord*; ciento treinta y seis mil seiscientos ochenta y seis veces

*La armada Brancaleone*; cincuenta y dos mil doscientos treinta y seis veces *Novecento*; ciento ochenta y cuatro mil doscientos noventa y seis veces *La fuente de la doncella*; ciento cincuenta y seis mil doscientas trece veces *El imperio de los sentidos*...

—Extraordinario —dije deseando que se detuviera.

Noté que temblaba.

—Paremos —aceptó.

Nos quedamos en silencio por un momento. Lo observé de reojo. Estaba agitado.

—Mirá —dijo aplacándose, y puso el cuaderno en mis manos.

Yo nunca había sostenido algo así, tan indefinible, tan extraño. No supe qué hacer. Él me miraba, expectante.

—Atrás —me indicó.

Abrí el cuaderno por la mitad y fui hacia el fondo, hasta que empezaron a aparecer los dibujos. El inconfundible trazo de Rafael, la maestría de esas líneas en el retrato de la misma cara, seria, reconcentrada, dibujada de memoria. Tres y cuatro veces en una misma página o a página entera, en la de al lado y en la siguiente. Marcela, en diferentes encuadres. A veces, sólo la boca, sólo los ojos. Pero siempre ella.

Fui y volví por las páginas acariciando los dibujos.

—Qué linda era—. Fue lo único que me salió decir al entregarle el cuaderno.

Él lo recibió con un gesto de vacilación, como afectado por otro ramalazo de estática o una especie de arcada.

Preguntó:

—¿La pudiste cuidar?

—No —tuve que reconocer—, no llegué a tiempo.

Rafael guardó el cuaderno en el bolso, estiró los puños de la camisa y se cruzó de brazos, con los codos apoyados en las rodillas.

Dijo:

—Vos también llegaste tarde.

En la vereda, el desfile de las pisadas era algo verdaderamente absurdo. Una tras otra, una tras otra, una tras otra. Unas diez pisadas cada cinco segundos, unas diez pisadas para ocho o diez metros. Aproximadamente, calculo, cien pisadas para hacer una cuadra. Una cuadra...

## Asusombra (1930)

Buenos Aires, 10 de junio de 1930

23

---

Estimado Hernán Pérez Arreola:

Usted no me conoce, aunque es posible que sepa algo de mí si es que ha leído *El tímido imperfecto*, libro de poemas que bajo el seudónimo de Eskol participa del Segundo Certamen de Poesía del Río de la Plata que usted prestigia como presidente del jurado. No ignoro lo establecido en las bases del certamen: “Los concursantes no podrán tomar contacto con los jurados; los trabajos no firmados con seudónimo quedarán fuera de concurso.” No desconfíe de mi honestidad, así como yo no desconfío de la suya. Su conducta ética y estética, confirmada en tantos acontecimientos de nuestra vida cultural y en la obra que atesoro en mi biblioteca —incluida la primera edición de *Buscador de mares*, que adquirí en una librería de viejo— me obligan a dar con palabras inequívocas para expresar mis motivos. Lo que debo decir es simple y a la vez complejo. Usted bien sabe que, a pesar de la normativa, muchos participantes procuran por diferentes medios que sus obras lleguen hasta los verdaderos jurados. Es entendible que un comité intermedio, cuya idoneidad no discutiremos, se ocupe de descartar lo descartable y que eleve a esa instancia superior lo que, a grandes trazos, considere digno de esa oportunidad. Usted ganó con *Buscador de mares* un concurso en su juventud. Su prestigio se funda en ese libro. ¿No habría sido inexcusable si una omisión, un error de criterio, un descuido, hubiera marginado a una obra tan excelsa de ese merecido premio? Imagino que



al aguardar el resultado, en su intimidad, ese fantasma habrá cruzado por su cabeza. La justicia y el azar, a diferencia del agua y el aceite, en estos terrenos se mezclan con curiosa facilidad. ¿Cómo no comprender la ansiedad, el esmero, y hasta alguna transgresión por parte de los autores?

No es por ganar tu corazón, amada  
para exhibirlo como un trofeo  
que navego a contracorriente.  
Me declaro vencido y celebro esta caída  
moraré a tus pies, para siempre hincado,  
renuncio al laurel de la conquista:  
yo elijo la sombra, a tu sombra.  
Será ella la mayor gloria.

Cito esos versos escritos por usted hace cincuenta y un años, cuando apenas contaba diecisiete —el facsímil de esta página, de su puño y letra, se reprodujo en distintos cuadernillos literarios—, porque en cierto sentido resumen el impulso que anima esta carta. Los seguidores de su obra y de sus conferencias conocemos su humor. “El poeta que no se propone ganar cien mil libras ofende a la poesía o miente.” Esta frase es suya y, por cierto, se incluye, entre otras citas, junto a una de Samuel Langhorne Clemens, más conocido como Mark Twain. Sepa que no me interesa la importante recompensa económica de este certamen. Como mi admirado Hernán Pérez Arreola, yo voy por la gloria en la sombra. Sé, de buena fuente, que *El tímido imperfecto* integra el lote de los cinco libros finalistas. Ya podría darme por satisfecho. Pero usted preside el jurado y me considero en sus manos. Mi libro, déjeme afirmarlo, acredita méritos para ser consagrado. Apelo a su indulgencia ante lo que acaba de leer. Pero espero que reconozca en esa vehemencia un fervor como el del poeta que a los diecisiete años escribió los versos que he citado. Si me reconoce y se reconoce habrá desnudado la naturaleza de este poderoso anhelo: quiero ese premio. Y lo quiero a condición de resignar lo que reporta monetariamente.

Déjeme ahora referirme al gran Hernán Pérez Arreola. Usted no tiene por qué vivir en las circunstancias que se ha impuesto. Es conocida

y respetada su lealtad por las formas, la observancia de la palabra empeñada y la ineludible convicción con que rechazó la pensión de privilegio, cargos honoríficos y otros homenajes. El traje azul que luce en cada aparición pública es digna muestra de la escasez de recursos con que administra su existencia. Yo defiendo esa integridad, ese estoicismo ante los que se atreven a criticarlo con el mote de “romántico”.

Sin embargo, considero que es injusto con usted mismo. Despiadado, diré, al someterse a tales extremos, negándose las mesuradas gratificaciones a las que todos deberían tener derecho, y con más razón un poeta de su talla.

Si usted consagra *El tímido imperfecto*, yo le cedo en su totalidad los valores pecuniarios del premio. “Renuncio al laurel de la conquista / yo elijo la sombra, a tu sombra. / Será ella la mayor gloria.” Me alcanza con la medalla. Su firma estampada en el diploma sobre el pedestal del característico arabesco con que suele rematarla. Le cedo a usted lo demás y presiento que no estaría entregándole dinero, si acepta. Sería otra cosa. ¿Montaparnasse? ¡Claro que sí! Podría embarcarse y volver a recorrer las calles de su querida París y lo haría llevando en el bolsillo del chaleco ese Longines que todavía espera que lo rescate del banco de empeños. ¡Cuántas cosas!

A la fecha quedan varios meses hasta el fallo. Aprovecho esta oportunidad para confiarle el singular hallazgo que no hace mucho efectuó un íntimo en un archivo perdido. Se trata del par de hojas amarillas —veo su caligrafía, el arabesco bajo la firma— que le dirigió a Javier Larreta, exactamente un 5 de febrero de 1879. Larreta, recordará, presidía entonces el jurado que reconoció las virtudes de su *Buscador de mares*. Ojalá intuya cuán hermanado me siento del joven que escribió esas líneas, cuánto comprendo su intensidad, el sentido legítimo de ese pedido de atención especial.

Para cerrar los términos de este pacto —admita que diga entre poetas— le propongo que tras el público abrazo en la ceremonia de entrega, al día siguiente, me reciba en privado. Así cumpliré con mi palabra. Podremos, además, intercambiar nuestras respectivas cartas.

Respetuosamente,

*Vicente Manuel Goyena*

PD: Eskol, mi seudónimo, es el nombre de un mitológico lobo nórdico que persigue la luna para devorarla. Personaje cruel, pero también poético, ¿no le parece?

\*

Buenos Aires, 21 de junio de 1930

Vicente Manuel Goyena:

Leí *El tímido imperfecto* pocos días antes de quedar perplejo ante su inclasificable carta. Señor: mientras viva, Ud. jamás ganará ningún certamen de poesía. Y con respecto a la carta que me adjudica, pues mé-tasela bien adentro del culo.

Atentamente,

*Hernán Pérez Arreola*

\*

Buenos Aires, 30 de junio de 1930

Hernán Pérez Arreola:

No acabo de reponerme del desconcierto que me provoca su incomprendible y agresiva misiva del 21 pasado. No entiendo nada de lo que en ella dice. No sé de qué carta habla, por lo que no podré satisfacer su escatológica orden. Lo único cierto es que soy autor de *El tímido imperfecto*. Obligado a sacar conclusiones, sólo se me ocurre sospechar que alguien intenta perjudicarme. Es imperioso que aclare esta situación.

*Vicente Manuel Goyena*

\*

Buenos Aires, 12 de julio de 1930

Vicente Manuel Goyena:

He de suponer, por un instante, que efectivamente está usted siendo víctima de una mala jugada. De ser así, ¿se le ocurre quién intentaría perjudicarlo?

*Hernán Pérez Arreola*

\*

27

Buenos Aires, 23 de julio de 1930

Hernán Pérez Arreola:

No tengo respuesta para esa pregunta. Apenas he incursionado por algunas tertulias, pero sin participar de una manera notoria. He leído algunos versos y he dejado en manos confiables alguna que otra copia de *El tímido imperfecto*. Si esto compone una pista, usted debe tener mejor olfato que yo. En el caso de que *El tímido imperfecto* hubiera tenido alguna chance en el Segundo Certamen de Poesía del Río de la Plata, sería atinado observar cuáles son sus rivales. Tal vez, sin saberlo, usted ya conoce el nombre del conspirador. ¿Tal vez leyó sus versos? Puede que de ahí surja el nombre de quien, en el mío, hizo lo que por el momento desconozco y que tan mal parado me dejó ante sus ojos.

*Vicente Manuel Goyena*

\*

Buenos Aires, 2 de agosto de 1930

Vicente Manuel Goyena:

Tiene tanto sentido lo que usted sugiere como que me pregunte si todo esto no será una estrategia de su parte para llamar mi atención. Usted aparece como damnificado por la mala acción de un supuesto contendiente. Son cinco los finalistas. ¿Cuál de los cuatro restantes es el malhechor? ¿Cómo deducirlo? ¿Acaso el que fuera lo admitiría? Extiende un manto de sospecha sobre ellos, y me desanima a leerlos. De ser así, de haber inventado usted esta maniobra, merecería un premio por su ingenio. ¿Se le ocurre alguna manera de demostrar su inocencia? Sepa que con la ayuda de una lupa he comparado su letra y la de la carta que originó este asunto y no estoy seguro. Por otra parte, bien podría usted haber modificado su letra y, desde luego, haber utilizado un color de tinta y una pluma diferente de la que es de su cotidiano.

*Hernán Pérez Arreola*

\*

Buenos Aires, 11 de agosto de 1930

Hernán Pérez Arreola:

Entonces, *El tímido imperfecto*, tal como descontaba, está entre los finalistas. ¿Tenía chances de ganar el premio? Dadas las circunstancias, bien podría darme la satisfacción de una respuesta. Ya que me ha dicho que nunca me lo otorgará, al menos admita si mi poemario lo merece. En cuanto a cómo demostrar mi inocencia, creo que es imposible. ¿Cómo defenderme de algo que desconozco? ¿Qué dice esa carta?

*Vicente Manuel Goyena*

\*

Buenos Aires, 21 de agosto de 1930

Vicente Manuel Goyena:

No dudaría en premiar *El tímido imperfecto*. Lo merece. Ahora dígame: ¿usted premiaría al autor de ese libro si también fuera el autor de la carta que le adjunto?

Espero su pronta respuesta. Se aproxima un plenario del jurado.

*Hernán Pérez Arreola*

\*

Buenos Aires, 30 de agosto de 1930

Hernán Pérez Arreola:

Sin necesidad de recurrir a la lupa, le digo que la letra de la carta que le fue enviada difiere claramente de la mía. Ahora puedo entender su posición. Pero usted también debe entender. Tengo un enemigo secreto que ha utilizado mi nombre de una manera despreciable. Por otra parte, la ofensiva propuesta de la que ha sido usted destinatario me genera un interrogante envenenado. (Los dos estamos ahora sometidos a conjeturas maquiavélicas.) Pregunto: ¿no podría ser esa carta, origen del embrollo, un recurso indirecto utilizado por usted para sugerir un acuerdo? Tengo derecho a sospechar de todo el mundo. Hasta de los insospechables. ¿Puede usted demostrar que esa carta no es obra suya? ¿Que no la escribió usted para inocularme una idea que jamás a mí se me habría ocurrido? Digo esto y, al mismo tiempo, me hago cargo de que algunos puntos de vista planteados en el escandaloso escrito se ajustan a lo que opino sobre diversos asuntos. Agradeceré una respuesta honesta.

*Vicente Manuel Goyena*

\*

Buenos Aires, 10 de setiembre de 1930

Vicente Manuel Goyena:

¡Vaya imaginación la suya! Creo que si puede llegar a pensar de ese modo, con esa astucia, podría ser capaz de artimañas peores. ¡Y ahora usted reclama una respuesta honesta! Ha sido un error de mi parte enviarle esa carta. Ahora ha vuelto a sus manos y puede destruirla, haciendo desaparecer la prueba que justificaría razonablemente mi decisión de no consagrarlo ganador por *El tímido imperfecto*. La mejor prueba de su verdadera inocencia sería que me devuelva esas dos hojas infames. Si lo hace, creeré que, efectivamente, un tercero ha procurado confundirnos con deplorables artes y reconsideraría la decisión que debo tomar dentro de pocos días.

*Hernán Pérez Arreola*

\*

Buenos Aires, 23 de setiembre de 1930

Hernán Pérez Arreola:

Lo que propone no me parece mal. Sin embargo, antes de cumplir con su pedido, le hago otra pregunta: ¿es verdad lo que dice la carta que le enviaron y que ahora tengo en mi poder? ¿Usted, cuando concursó con *Buscador de mares*, le escribió a Javier Larreta pidiéndole que lo favoreciera? Como todos los jóvenes de mi generación, yo he leído su obra y la admiro enteramente. Me decepcionaría saber que ha sido así. Será que estos desafortunados episodios, la verdad, me tienen un poco perdido.

*Vicente Manuel Goyena*

\*

Buenos Aires, 5 de octubre de 1930

Vicente Manuel Goyena:

Quedan quince días para que se dé a conocer el fallo y todavía estamos en veremos. ¡Ahora usted me indaga como si yo, descendiente del mozuelo que en 1879 tenía diecisiete años, pudiera ser culpable del delito de escribir una carta! No recuerdo con exactitud lo que pude haberle dicho a Javier Larreta. Es evidente: en alguna parte esa carta todavía existe. Eran, creo, no más de tres líneas. En ellas pedía que *Buscador de mares* no fuera desechado sin haber sido leído por algún miembro del jurado. Eso escribí. ¿Está satisfecho? ¿Considerará ese acto una inmoralidad? ¿Qué edad tiene usted? ¿Quién se cree para juzgarme? Le pido ahora que me remita toda la correspondencia que hemos mantenido, todas las cartas que ha recibido de mí, y en especial aquella, la que originó este intercambio y que usted, o quien fuera, envió en su nombre.

*Hernán Pérez Arreola*

\*

Buenos Aires, 16 de octubre de 1930

Hernán Pérez Arreola:

Excepto la carta que recibió con mi firma, aquí van todas las que usted me escribió en estos meses de disgusto. Ésa, la de la ofensiva propuesta, ya se convirtió en cenizas. Por cierto, faltan pocos días para que el jurado se expida. Quiero que sepa, después de lo ocurrido, que esto ya me tiene sin cuidado. De todas maneras, quien quiera que haya sido, en alguna parte está el que tiene esas “tres líneas”, según sus palabras, que le dirigiera a Javier Larreta. ¿Ha pensado hacer algo al respecto? Por mi parte, espero saber quiénes son los otros cuatro finalistas. No puedo resignarme a no escarbar en los misterios de esto que ya nada tiene que ver con la poesía. ¿Mi edad? Tres años más que la suya cuando era



un poeta desconocido y esperaba la resolución de un importante concurso. Tengo veinte años.

*Vicente Manuel Goyena*

\*

Buenos Aires, 23 de octubre de 1930

Estimado Vicente Manuel Goyena:

En mi carácter de presidente del jurado del Segundo Certamen de Poesía del Río de la Plata, tengo el agrado de hacerle saber que su obra *El tímido imperfecto* ha resultado ganadora de la presente edición. La ceremonia de entrega de las constancias correspondientes se llevará a cabo en lugar y fecha previsto en la convocatoria.

Sin otro particular, lo saluda atentamente,

*Hernán Pérez Arreola*

\*

Buenos Aires, 2 de noviembre de 1930

Hernán Pérez Arreola:

Recibo con felicidad, pero gran asombro, esta noticia inesperada. Con más asombro que con el que he recibido ayer, en un sobre sin remitente, una carta original de su puño y letra fechada el 5 de febrero de 1879 y destinada a Javier Larreta. Lo sé: tiene todo el derecho de no creerme. Yo también le creí a usted y, ya ve, a veces hacemos mal en creer. Por cierto, esas “tres líneas” no son tres líneas ni dicen lo que usted me dijo que decían. Un texto bellísimo, inspirador, le aseguro. ¡Y su firma, sobre el pedestal del inconfundible arabesco! Le confieso que me

conmuevo pensar en lo que nos ha pasado. A tal punto que me veo en la necesidad de renunciar parcialmente al premio. Aceptaré, honrado, los certificados que atestigüen los méritos de *El tímido imperfecto*, pero nada más. Si le parece adecuado, para no causar alguna clase de inconveniente administrativo, esto puede quedar entre usted y yo. Aprovecho, entonces para solicitarle, para el día posterior a la ceremonia de entrega, una entrevista privada. Será para mí, además, la inestimable oportunidad de estar a solas con Hernán Pérez Arreola, y será a aquel de los diecisiete años al que le devolveré su carta. Con gratitud, y a su sombra,

*Vicente Manuel Goyena*



EXTREMOS



## Aunque corras

Viene corriendo por la ruta, en medio de la nada, desnudo.  
Y llora.

El asfalto humea como si una aplanadora acabara de alisarlo dándole esa forma recta. Imagino que el chico debe de gritar de dolor. Imagino —porque todavía está lejos y no puedo verlo en detalle— las plantas de sus pies saltando sobre esta pista de fuego seco.

Mis zapatos son deportivos, de suela alta.

Él llora y corre. Y grita.

Miro hacia todas partes. Si se tratara de un chico que se cayó de una hamaca en un parque, no tendría inconveniente en acercarme, acariciarle la cabeza y consolarlo hasta que apareciera la madre. Pero esto no es un parque.

Esto es un desierto atravesado por una ruta humeante.

Aquí no hay ninguna hamaca.

Lo que hay es una línea negra por donde el chico desnudo agita los brazos en alto.

A los lados de la ruta está el desierto. Una extensión sospechosa, indiferente.

¡Papá, papá! , grita el chico desnudo que corre.

Yo no tengo hijos.

No puede ser que sea a mí a quien se dirige, aunque es evidente que no hay nadie más, que él y yo estamos solos aquí, debajo de un cielo tan indiferente como el desierto.

Yo no tengo hijos. Yo nunca pensé en ser padre.

Pero tuve un padre.

Entonces, también me pongo a correr y miro el cielo con cierta preocupación, pensando que tal vez debería detenerme y esperar a ese chico desconocido y abrirle los brazos. Después habría tiempo para explicarle que se confunde, que no soy su padre, que él no puede ser mi hijo.

Pero corro.

Y mientras me alejo de ese chico que no debe tener más de siete años ni menos de cinco, la ruta cae, se despega de las suelas de mis zapatos deportivos y avanzo por el aire.

Lo escucho gritar, repetir hasta el infinito esas dos sílabas a las que quiere encadenarme y redoblo mis zancadas alejándome de su dolor. De la historia que viene hacia mí, detrás de mí, por esa ruta caliente que de golpe se ha levantado y ahora me envuelve —nos envuelve— como un anillo que rueda en el aire y luego se estira, se deshace.

Después, la ruta vuelve a pegarse a las suelas del calzado deportivo y a las plantas de mis pies desnudos. Sigo corriendo, agitando los brazos y gritando, infructuoso, detrás de ese hombre huérfano que huye.

## La plancha

“Lo siento, Angélica, pero no la necesito más”, le dijo, desde la puerta del lavadero, con el dinero de la indemnización y la llave del candado en la mano. “Deje esas camisas, tome sus cosas y vaya. Ahora mismo, por favor.”

Estaba harta. Enojada. O como suele decirse, “recaliente”. Porque ella nunca había querido esa vida. Y se lo había advertido. ¡Pero él insistió tanto! Decía que el parque con piscina y “añosa arboleda”, a treinta kilómetros de la ciudad, le proporcionaría la calma ideal para seguir con su mundo. Él llamaba “su mundo” a sus libros, a sus escritos, a los apuntes que ella todavía conservaba de la facultad. La propuesta parecía bienintencionada: una vida apacible, lejos del estrés urbano y con el soporte de internet. Pero ella no quería una vida apacible, no quería tener que subirse al auto, pasar por la cabina de seguridad y manejar hasta la estación de servicio cuando se quedaba sin cigarrillos. Lo que ella quería era bajar a la calle, meterse en el quiosco, cuidar que no le robaran la cartera, escuchar la sinfonía de los bocinazos y padecer los empujones de los peatones violentos. ¡Ése era su mundo! La polución de la ciudad, las calles intransitables de manteros, puteadas y contaminación visual.

La empleada cruzó la tranquera de la casa quinta con la cabeza gacha, sin abrir la boca. Así solían ser esas mujeres sumisas. Le dijo: “Deje esas camisas”, y ella obedeció. Buscó sus cosas y ahí se iba, sin una queja. “Disculpeme, Angélica. Que tenga suerte”, la despidió cerrando el candado y después caminó directo hacia la piscina. Soltó la llave en el césped y se dejó caer, de espaldas, de cara al sol, con los brazos extendidos, haciendo la plancha.



“Se acabó”, le diría apenas volviera. “Hasta aquí llegué.” Y se lo iba a decir antes de abrir la tranquera, después de escuchar los tres bocinazos con los que él anunciaba que había vuelto. Todo esto pensó mientras hacía la plancha, con los ojos cerrados de cara al sol, oyendo el rumor de las copas de los árboles en la brisa tibia.

Ella, haciendo la plancha en medio de la arboleda añosa.

Claro: para él esa vida suponía la perfección. Se la había llevado, la había escondido, se la había guardado bien lejos de las librerías, los cines, los quioscos y, por supuesto, las miradas de los tipos que pudieran poner en peligro su idea de la pareja perfecta. Casa, dos autos, empleada, parque, piscina. Él era feliz haciendo eso mismo que ahora hacía ella. Ella, con los ojos cerrados, pensando en todo lo que le diría después de los tres bocinazos y de correr hacia la tranquera, en cámara lenta, como en las películas. Porque así debía percibirla él cada día al llegar: grácil y sumisa. Sumisa, como la empleada que ya no trabajaba para ellos. Pero hoy se acercaría muy despacio hacia la tranquera, ni en cámara lenta ni grácil. Simplemente impiadosa. Y definitiva.

Es más, no iba a salir de la piscina: lo esperaría así, haciendo la plancha. Casi que, a pesar del enojo, estaba a gusto ahí, flotando, como dormida.

Fue entonces que entre la brisa, los murmullos de las hojas, el perfume de los frutales y el canto de los pájaros se filtró un aroma, como una frase premonitoria. Ella abrió los ojos y quedó encandilada, pero no por el sol. “La plancha”, murmuró mentalmente, absorta, ante el chalet envuelto en llamas.

## Pendrive

Lo que me dijo, en definitiva —me refiero a mi psicólogo— fue que así no podíamos seguir. Yo me había comprado una de esas almohadas que diseñan y almacenan los sueños y desde hacía un mes, a cada sesión, le llevaba el *pendrive* con los sueños que había juntado en esa semana. Pero míster Frakman se negaba a verlos. (Se llamaba Frakman, pero yo le anteponeía siempre el míster.) “La cosa no es así”, argumentaba él. Decía que era yo el que tenía que dar la versión de lo soñado, que a él no le servía de nada trabajar con “el material en crudo”, bajado directamente de mi cabeza a la almohada, de la almohada al *pendrive* y del *pendrive* a su PC o a su *notebook*.

Yo me había cansado de explicarle que tenía una memoria sumamente frágil, que cada mañana, al despertar, me encontraba con un eco de imágenes que se desintegraban apenas insinuaba enfocarlas. Entonces no hablaremos de sus sueños, me decía él. Y estaba bien: de eso se trataba. De lo que uno podía llevar en palabra, en recuerdos traducidos a palabras, en sensaciones traducidas a palabras, en todo lo que pudiera haber de uno, pero hecho palabra pronunciada por uno mismo, en vivo, o sea, nada de *pendrive*. (Era un fundamentalista. Tampoco admitía que le contara los sueños después de que los miraba en mi PC).

“¿Cómo vamos a analizar sueños editados por una almohada?”, se escandalizaba. “Usted, aunque sea poco ortodoxo expresarlo de este modo, es un paciente laborioso. Es evidente que no viene aquí a perder el tiempo, a jugar, sino a trabajar con seriedad sobre su vida. No resigne esa disposición”, decía míster Frakman.

Para mí, no tenía razón. Y creo que era por culpa de sus prejuicios con relación al mundo tecnológico.

Sucede algo. Cuando percibo que estoy despertando, cuando tomo conciencia de que estoy saliendo de los sueños, abro los ojos enseguida porque nunca sé con qué voy a encontrarme. Todo al revés. Porque siempre estoy en mi dormitorio, pero con la almohada soñadora a veces vengo desde tan lejos, que, en fin. No es cierto aquello de que siempre es bueno o fácil volver a casa.

Los sueños, mejor dicho, los escenarios, pueden seleccionarse en la consola inalámbrica conectada a la almohada. Hay para elegir. Por lo general evito lo urbano, prefiero paisajes abiertos. Me gustan los fiordos brumosos, los glaciares del sur o esas rutas que atraviesan el desierto. El programa permite optar entre noche y día. Si uno prefiere puede anclar la proyección en horarios más específicos. Por ejemplo: *amanecer*. O si no, poner *soleado*. También está la opción *lluvia* y las hay de distintas intensidades.

A diferencia de otros rubros, el de los paisajes no tiene filtros, por lo que puedo entrar libremente en escena con lo que llevo en la cabeza. Lo aclaro, porque no es lo mismo para la ciudad, para los espacios cerrados. Digamos que si voy a la cama pensando en que me gustaría estar en un café, una biblioteca o pensando en algún trámite pendiente que me llevaría por un edificio corporativo, tengo que pasar por los detectores. Sinceramente no entiendo bien eso de los nódulos metálicos o de los metales oníricos. Pero te los detectan. O detectan algo que no sé qué es y no entrás. Y, si entrás, cuando te lo detectan, gentilmente te hacen salir.

Los paisajes: vuelvo a ellos porque vale la pena. Son perfectos, como de película. La luz, la temperatura, la intensidad del viento están siempre en un punto agradable. Pocas veces noté algún desbalance, un clima destemplado, y si me di cuenta de eso fue porque al despertar me encontré tapado por la sábana, no porque lo recordara específicamente.

Los del servicio técnico dicen que son saltos del sistema que a veces pueden llevar a situaciones indeseadas, como terremotos o tsunamis.

Ellos utilizan el rótulo de “desastre natural”, pero como se trata de sueños, no reducen su aplicación a los fenómenos geográficos. “Piense que en un sueño, cualquiera, usted mismo podría atropellar accidental o alevosamente a un perro o a una criatura. O, si se agenciara de un M40A5 con mira telescópica, podría convertirse en un francotirador y perpetrar una masacre. ¿Esas tragedias no son también desastres naturales, exabruptos de la psiquis?” Así me lo explicó uno de los operadores del cero ochocientos, el servicio técnico.

Ojo, volviendo al tema de los paisajes, hay modelos para intrépidos, pero esos vienen en almohadas especiales, un poco más caras, que no se venden a gente de edad avanzada, salvo que presenten los correspondientes certificados de aptitud médica.

Algo es llamativo. Me refiero al desconcierto que la falta de la almohada le provoca a la mayoría de mi gente si duermo fuera de casa. Quiero decir: la gente que va conmigo, en mi cabeza —aunque algunos de ellos hace rato que ya se han ido del mundo de los que todavía despertamos—. Y esto me condiciona. Porque, por ejemplo, si tengo a mis padres dando vuelta por los recuerdos, no me voy a meter en zonas de tropiezos, intransitables, sabiendo que ellos, con sus años, andan por ahí. Son precauciones básicas, a pesar de que uno no gobierna nada y cualquiera puede aparecerse en cualquier parte y en cualquier momento.

A mis padres los vi un par de veces, yendo por una explanada plomiza, mirando hacia todas partes, desconcertados. Creo que aunque intenté explicarles que estaba todo bien, que era un desierto pacífico, ellos no alcanzaron a comprender. A mí me conmueven esos espacios insondables, esas extensiones que parecen desembocar en la nada.

Después, cuando saco el *pendrive* y lo conecto a mi *notebook*, cuando me pongo a ver, como si fuera la televisión, por dónde anduve en las noches —todo queda almacenado— veo lo que vi, lo que pasó y me parece, sí: un sueño.

Hay días —depende de cómo me levante— en que invento excusas para no ir a trabajar y me quedo en casa, frente a la pantalla. Paso horas inmóvil, mirando. Es muy curioso, muy raro. Por eso, cada tanto, durante un buen tiempo seguí insistiéndole: “Míster Frakman, usted debería mirar eso.” No hubo caso. Él volvía con que cada uno es su propia versión, los supuestos hechos directos no funcionan, no valen. Yo

no sé si será una venganza o qué cosa. Pero desde que lo encontré en el *shopping* (él iba con su mujer, una hembra de ésas a las que, si uno es un caballero, no puede mirar sin pedirle disculpas en silencio) lo convertí en un tremendo cornudo. Míster Frakman no me vio y yo lo seguí entre la gente, por un largo rato. Yo no sabía nada en particular de él, de su vida, y nunca habría imaginado que un tipo así, con esos anteojitos antiguos y esa voz de faquir podía andar con semejante dama.

La mujer se me quedó rondando por la cabeza. Aquel día no configuré un paisaje cuando me fui a dormir, no: cargué las coordenadas del consultorio de Frakman, vía *Google Earth*, claro. Él atiende en su propia casa —eso lo sé— y en eso pensé al cargar las coordenadas y luego, cuando cerré los ojos sobre la almohada.

No voy a entrar en detalles innecesarios, pero, bueno, pasó lo que tenía que pasar: él, sorprendentemente, en el sueño, no estaba en el consultorio y ella accedió a dejarme pasar para esperarlo. Estábamos los dos bastante desconcertados porque míster Frakman es un profesional muy serio. No diría que fue un exabrupto de mi psiquis, aunque sentí la adrenalina. Terminamos haciendo todo apasionadamente, a las apuradas, y reconozco que me costó disimular cierto cargo de conciencia cuando fui a la sesión siguiente. A la anterior, la del sueño, Frakman nunca llegó, demorado a causa de un leve choque con el auto. En este punto, sí, me siento un poco mal.

Después, durante un par de semanas, monté guardia en la puerta de su casa, de su consultorio, hasta que la vi bajar de un taxi. Ella no sabía quién era yo, así que me acerqué con delicadeza, disculpándome, y me presentó: “Soy un paciente de su marido. Por favor, no se ofenda, pero resultó un hermoso sueño.”

Tres días después recibí el llamado. Dijo que quería devolverme el *pendrive*, siempre que no le hubiera dicho ni una palabra a su marido. “Por supuesto que no”, le aseguré. Además, míster Frakman nunca había querido aceptar mi *pendrive*. (Eso no se lo dije a ella.) Entonces quedamos en un bar. A la hora de la siesta.

## ANSIEDADES



## El polizón y los duendes

Llega al aeropuerto Kennedy tras una combinación de endiabladas escalas aéreas. La convención será en Manhattan, pero el hotel que le reservaron queda en Nueva Jersey. Un taxi descuenta los doce kilómetros hacia ese palacio llamado Splendor, una mole turbia que se alza y humea —esa impresión le produce al primer golpe de vista— a un costado de la interestatal 95.

El taxi se detiene ante un puesto de seguridad. Lo hacen cambiarse a un carrito eléctrico, con techo de lona, de esos que van por los campos de golf. Lluve. A mares. Pregunta si no habría sido mejor continuar en el taxi, pero no, es norma del hotel entrar en carro.

—Era más lógico seguir en taxi —insiste.

El conductor del carrito le da la razón:

—¿Verdad que sí?

Hijo de puta, piensa.

En el lobby lo recibe una empleada inoperante. No sabe decirle qué cuarto tiene reservado ni cuándo estará disponible. Se irrita, pero no levanta la voz ni reclama una solución inmediata. Sabe que debe conservar la calma: los polizones no son viajeros de sangre azul y él es un polizón acreditado. Sólo le queda esperar.

El hotel está en medio de una pradera. En realidad, la pradera es una ensambladura de campos de golf y caminos de cemento negro cruzados por estelas verdes. Estelas verdes con patas y colas: lagartijas. Se acomoda en un sillón del hall, de espaldas a los ventanales. Así, con las piernas cruzadas y un aire de tolerancia, parece un huésped tan digno como cualquier otro. Salvo la recepcionista del hotel, nadie puede



saber que lo alojan gratis, que le darán de comer gratis. (Sólo los gastos extras corren por su cuenta.) A veces se siente un actor. Y a veces cree que un buen actor.

Dos leones dormitan en sus pieles de falso mármol al pie de unas columnas. Hay grandes espejos y arañas con cientos de bombillas. En una jaula, dos papagayos gigantes profieren unos *¡Welcome, welcome!* desafiados, intermitentes, de espaldas a la puerta abierta de la jaula. Ellos están donde los pusieron. Como él, que va por donde lo mandan.

En la misma dirección, más allá de la jaula, tapada por las plantas y las flores de un cantero, hay una escultura de Minerva. Mientras observa la escenografía piensa en el accesorio que le hace falta a su *notebook*. Al día siguiente, cuando escape del acontecimiento para el que fue enviado, tendrá unas horas para andar por Nueva York y podrá comprarlo. Eso tiene Nueva York: buenos precios. ¿Dónde quedó la *notebook*? O mejor dicho, su valija. Entonces, detrás de la escultura de Minerva, en medio del sendero, junto al carrito de golf que lo trajo, distingue su valija.

Se levanta y se pone las manos en la cintura. Antes de gritar, porque todo tiene un límite, recapacita: está plastificada. No hay que perder la calma, se dice y respira hondo. Vuelve a sentarse.

Quien la viera, solitaria en medio de la lluvia, creería que es el monumento a la valija olvidada. Seguro que el autor de la instalación fue el chofer del carrito. “¿Verdad que sí?” Un artista reprimido que de pronto dijo “me planto”, y ahí nomás concretó su primera obra.

Aunque la rabia le impida notarlo, la instalación tiene lo suyo: cierta desgraciada perfección. Está plastificada, se tranquiliza. Por eso no va a buscarla. Y porque además a él no le corresponde hacer eso. Con gusto se tomaría un whisky.

Al lado del sillón, sobre una mesita, hay un tarjetero con impresos similares a estampitas religiosas. Toma uno. Lee:

### *Misión del Duende Servicial*

- 1. Los duendes del Splendor Hotel tenemos la misión de hacer felices a nuestros huéspedes.*
- 2. Sonreímos a nuestros huéspedes, así como deseamos que ellos nos sonrían a nosotros.*
- 3. Recordamos sus nombres y por sus nombres los llamamos.*

4. *Registramos sus gustos y procuramos satisfacerlos.*

5. *Nuestra felicidad es la felicidad de nuestros huéspedes.*

Interrumpe la lectura para buscar algún pie de imprenta que confirme el chiste o identifique al autor. No encuentra nada. No es novedad que los hoteles contratan a consultoras especializadas en convertir a las plantillas de personal en sectas consagradas al Dios Servicio. Sociedades secretas en las que la genuflexión no humilla, redime. Habrá otra vida y serán recompensados. “Duendes...”, aunque ahí algo falla. El que dejó su valija afuera debe de ser el cascarrabias, ese duende cagador que nunca falta en el reparto.

Está tan a gusto en su letargo que no atina a nada, pero la boca se le va deformando en una sonrisa, y en seguida, vaya a saber cuál es el mecanismo —cabeza, boca—, un ramalazo repercute en el estómago. Se rinde ante el flujo de la risa. Debe hacer media hora que la valija está bajo el chaparrón. Un tótem con rueditas, con su nombre en la etiqueta.

Un botones que pasa —canoso, de rulitos— se detiene al verlo. Es alto como un basquetbolista y flaco y negro como una espiga quemada. Tiene una actitud reverencial. No entiende qué le pasa al hombre que ríe.

Cuando consigue apaciguar las carcajadas y estabilizar la respiración, el botones se sienta a su lado y entrelaza los delgados dedos sobre las rodillas en una actitud recatada. Pensará que al huésped lo afecta alguna crisis severa, merecedora de asistencia.

—Mi valija —dice.

El botones se da vuelta, observa como si le costara determinar qué clase de animal es el que está ahí afuera, y después de un momento comenta con un disgusto sincero, casi filosófico:

—Fíjese usted...

Es todo lo que dice. Y se queda a su lado, mirándolo, asociado a su indolencia.

—Estoy tentado —se justifica él, y vuelve a reírse. Ya no se ríe de la valija, sino de la pachorrienta reacción del negro sentado a su lado.

—Así están las cosas —dice el botones. Y se pone a llorar. De pronto. Un negro viejo y quebrado, ante la risa indecorosa de un blanco descomedido. El botones muerto de pena. Él, descompuesto de risa.

La valija sigue heroica bajo el agua. Él se esfuerza por reprimir las

carcajadas. La situación es incómoda. Podrían intercambiar sus roles. El botones empezar a reírse y él ponerse a llorar, y no habría gran diferencia. Dos completos desconocidos atrapados en el ascensor del absurdo.

Se dan unas palmadas de consuelo, pero son llevados por una nueva acometida de risas y sollozos.

Por fin, de a poco, se apaciguan. Él rompe el silencio:

—¿Usted nació por aquí?

El negro lo mira, un poco sorprendido.

—Sí, señor. Hace sesenta y cuatro años.

No se atreve a preguntarle por la causa de su llanto, pero siente la necesidad de hablar.

—Escuché que había muchos caimanes en esta zona.

El botones responde sin entusiasmo.

—Hubo. De niño, con mis amigos iba a verlos.

—¿Qué pasó con ellos?

El botones parece desconcertado:

—¿Con mis amigos?

—Con los caimanes.

—Desparecieron, de a poco. Mi amigos también. La mayoría se fue para Queens, Brooklyn.

A él no le interesa la vida de sus amigos.

—¿Y los caimanes?

—No sé, señor. Se fueron también. Aparentemente, por la lluvia ácida.

—¿Lluvia ácida?

—Así dicen, señor. Y las fábricas.

—¿Qué pasa con las fábricas?

—Por aquí estaba lleno de chimeneas. Había una, abandonada, a la que subíamos a jugar. Nos gustaba mirar desde arriba.

A él no le interesa esa historia.

—¿Qué tienen que ver las fábricas?

—Oh. Se dice que los desechos industriales contaminaron los pantanos...

—¿Eran bichos grandes?

—¿Cómo dijo?

—¿Eran animales muy grandes?

—Tenían su tamaño.

—Qué pena. Hubieran sido un buen atractivo turístico.

—Eso es verdad. A los turistas les llaman la atención esas cosas.

¿Usted es un turista o...?

—Vine por una convención.

—¿De qué? Si se puede saber.

—De turismo.

—Claro —dice el botones mirándose las manos.

Él está juntando coraje para preguntarle por la estampita de los duendes serviciales cuando el botones, despabilado por un reflejo profesional, se pone de pie y lo saluda con una inclinación digna:

—Señor, que tenga usted una grata estadía.

Lo mira irse por el lobby y entrar en la lluvia, indiferente al agua. Responsable, toma la valija y la arrastra bajo un alero. Después, sube al carro de golf, enciende el motor y desaparece por el sendero.

No está solo, descubre al entrar al baño de su cuarto. Una lagartija mediana, con el lomo cubierto de lunares azules, cabriolea en la cueva enlozada del inodoro. Él pega un salto, da contra el lavatorio y lanza una patada. La tapa de madera cae violentamente. La asegura poniéndole encima la bandeja de frutas que había en la mesa ratona. Después hace correr el agua. Escucha el chapoteo del animal ahora entrampado. No da resultado. Los coletazos indican que sigue ahí. Llama a la recepción.

Nadie quiere ir a sacar la lagartija. “No hay personal disponible en este momento, caballero”, dicen.

Le ofrecen usar el baño del cuarto vecino, que está desocupado.

Cena en el restaurante del hotel, que se está yendo a pique. Eso le cuentan: en tres semanas cerrará definitivamente. Una cadena internacional adquirió al Splendor. Cuando lo reabran, un año más tarde, tendrá otro nombre, otra arquitectura y otra dotación.

El botones negro que unas horas antes rescató su valija trabaja allí hace más de cuatro décadas. Es el más antiguo del personal y también quedará en la calle, refiere el barman. Sin ninguna indemnización. Ninguno cobrará, porque así está legislado.

Durante el último medio siglo, el hotel alojó a glorias deportivas y estrellas del espectáculo. Una vez, a un presidente. Pero todo eso, en veinte días, será memoria.

Desde que se conoció la noticia, una epidemia de desgano afecta a los futuros desempleados. Los duendes enfermaron de resentimiento. Hay que tener cuidado: alguno podría inmolarse y hacer volar al hotel en un atentado suicida. La mejor prueba de ese estado de descomposición es que el barman no va a cargar el trago en su cuenta:

—Dejemos que la casa invite —dice, con un placer de venganza.

—Dejemos —dice él, sintiéndose cómplice en una causa noble.

Antes de irse a dormir pasa por el cuarto vecino. Orina. Cuando sale del baño abre la heladera del frigobar. Está desconectada. En un estante de la puerta hay varias botellitas de whisky y tequila. Se lleva todas.

Lo primero que hace al regresar a su cuarto es esconderlas en el fondo de su valija. Controla que la frutera siga firme sobre la tapa del inodoro.

Ya en la cama, antes de apagar la luz del velador, repasa los apuntes de su disertación. Debe cumplir con una exposición de tres minutos sobre un tema prefijado. El suyo es “Turismo, hoteles y los nuevos desaffos”. No le gusta hablar en público, pero por suerte, nadie presta atención a esas intervenciones.

Se despierta temprano. El taxi que lo llevará a Manhattan debe de haber llegado o estará en camino.

Ni bien sale del ascensor nota que la debacle del Splendor ya no es apacible. Por las expresiones, los mozos y los conserjes dejaron de creer en duendes.

El servicio de desayuno está suspendido y lo desvían impidiéndole llegar al mostrador para hacer el *check out*. Pregunta qué pasa. No obtiene respuesta. Podría considerarse maltratado, ofenderse, pero un polizón sabe disimular esos pequeños desaires.

Varios empleados deliberan junto a la jaula de los papagayos. Una recepcionista se abraza con una de las mujeres del servicio de cuartos. ¿Adelantaron el cierre?

Aparece un auto de la policía. Estaciona junto a un taxi, probablemente el suyo. ¿No era que los taxis no entraban hasta ahí?

El Splendor está desangelado.

Alcanza a ver, junto a una columna, al pie del león, el cuerpo descuartizado de uno de los papagayos. A unos metros, el otro. También sin cabeza.

Un empleado barre las plumas.

—¿Qué pasó? —vuelve a preguntar.

No le prestan atención, como si se hubiera vuelto invisible.

Dos policías apuran el paso hacia los ascensores.

Él hace un rodeo por un corredor y llega hasta el taxi. El chofer levanta la tapa del baúl y lo ayuda a cargar la valija.

—¿A quién mataron? —pregunta, poniendo en marcha el auto.

—Dos papagayos. Huele a sacrificio umbanda —dice, y después indica la dirección del centro de convenciones.

Avanzan despacio bajo la lluvia, por el camino que bordea al hotel. Pasa, en la dirección opuesta, otro auto de la policía.

—¿Tanta policía? —comenta el chofer. Están doblando por una de las esquinas del Splendor. De golpe, clava los frenos—: ¡Hey! Allá arriba.

Él mira.

Lo reconoce inmediatamente. Primero, por el uniforme. El cuerpo es un péndulo gris, inmóvil, suspendido en medio de un cuarto.

Alguien trata de correr la cortina.

—El negro.

El chofer también es un afrodescendiente.

—Ayer hablé con él —explica—. Iban a dejarlo en la calle, después de cuarenta años.

—La tristeza es el asesino del hombre —sentencia el chofer.

—Cargó mi valija —dice el polizón y se pone a buscar algo en los bolsillos.

La cortina está trabada. El que tironea intentando correrla sólo consigue desprender el riel de la parte superior del ventanal. El techo del cuarto se ilumina cada tanto. Probablemente son los flashes de las fotos de los peritos.

—¿Por qué no lo descuelgan? —dice él, corroído por una ansiedad que incrementa el hecho de no encontrar lo que busca.

—No hay apuro. Ya es tarde —deduce el chofer.

Un carrito eléctrico se les aproxima.

Imágenes. Plumas. Los cuerpos sin cabeza de los pájaros. La lagartija coleteando dentro de la taza del inodoro. Necesita aire. Siente el encierro, los coletazos de su desesperación. Una angustia repentina, cruzada por la retirada de un negro que se mete en la lluvia a rescatar una valija.

El taxi arranca.

—“Nuestra felicidad es la felicidad de nuestros huéspedes” —se queja el polizón en un acceso de llanto y se mete una pastilla en la boca.

—¿Eso decía? —el chofer lo observa por el espejo.

—Eso le enseñaban.

Durante un momento se quedan callados.

—¿Usted conoce peor gente que los huéspedes de un hotel con pretensiones? —pregunta, de pronto.

—Sus dueños. Y sin ofenderlo, señor, los pasajeros.

—No soy “señor”. Simplemente estoy aquí —dice él y aplasta la lengua contra el paladar.

—Pero usted está detrás de la línea: es un huésped, un pasajero.

—¿Quiere que maneje? —desafía—. Yo le puedo llevar la valija al cuarto.

Resonante, la carcajada del chofer inunda el auto. Él se hunde en el asiento para escapar del encuadre del espejo retrovisor. Está llorando como el día anterior lloró el botones.

—“Así están las cosas” —recuerda.

El chofer mira hacia atrás:

—Calma, hombre.

Él mira pasar los autos por la autopista. La lluvia sigue a pleno.

—¿Usted es orador?  
—¿Perdón?  
—¿Va a discursar?  
—No —miente—, voy a vender publicidad. A juntar folletos.  
El chofer ajusta el espejo retrovisor.  
—¿Había caimanes? —pregunta ahora el polizón.  
—¿Por acá? —el chofer recibe con naturalidad la pregunta—.  
Había, pero ya no.  
—¿Qué les pasó?  
—Se extinguieron. Por las fábricas, por los desechos industriales. Y la lluvia ácida, dicen.  
El polizón experimenta una ligera sensación de alivio. Se le descomprime el pecho. “El duende del clonazepam”, piensa.  
—¿Usted sabe dónde conseguir accesorios para *notebooks*? —pregunta.  
—Hay miles de lugares. Uno, el más recomendable, queda en la Novena, entre la 33 y la 34.  
Sí, realmente ya está calmándose.  
Al fondo de la autopista empieza a vislumbrarse el inconfundible conglomerado de Manhattan.  
—Gracias —dice. Y suelta un largo suspiro.  
Está pasando. Sí, ya empieza a sentirse mejor.





## A todos nos pasan cosas

—¿L o están haciendo? La quiropráctica no dijo ni sí ni no, pero se llevó un dedo a la boca imitando a la enfermera del cuadrito que reclama silencio en la foto que se ve en todos los hospitales.

—Sí, lo están haciendo —se respondió a sí mismo con un susurro. Ella se quedó mirándolo.

Entonces empezó a sonar una nota opaca, como el zumbido de una abeja. Ella reforzó la expresión de disgusto con que había llegado, tomó el teléfono del bolsillo del guardapolvo, desplazó la cubierta y quedó a la escucha, sin pronunciar palabra. Hacía menos de cinco minutos que había entrado al gabinete y ya era la segunda vez que atendía un llamado.

Él quedó concentrado en lo que pasaba del otro lado. El dolor, que desde hacía un mes le laceraba la espalda, lo había llevado hasta ese cubículo blanco, enquistado entre otros cubículos similares, a los que se accedía por un laberinto de corredores. Las mamparas y las puertas flotaban a treinta centímetros entre el piso y el techo, sujetadas por unos soportes raquíticos. Lo primero que hizo, apenas cerró la puerta del gabinete identificado con el número que le dictaron en la recepción, fue buscar el blíster de clonazepam. Percibía que había entrado en un campamento de cuerpos dolientes. Lo más seguro era que en cualquier momento quisiera salir corriendo.

Todas las celdas del blíster estaban vacías.

No podía estar sin ese gramo de paz artificial, pero paz al fin. Eso pensó, cuando una señal de vida, proveniente de alguno de los gabinetes vecinos, distrajo su ansiedad.

—Sentí una especie de pinchazo, pero no creí que sería para tanto. La voz de una mujer se desprendía de los ruidos mecánicos. Estaba rodeado por decenas de anatomías que respiraban y murmuraban sometidas a los efectos de los equipos de onda corta y la presión de los masajes.

—¿Cómo pasó?

—Al correr una biblioteca.

—¿Una biblioteca o la Biblioteca Nacional?

—Una biblioteca.

—Ése no es trabajo para una mujer—, objetó la voz que él dedujo pertenecía al quiropráctico.

—Veamos.

Hubo un quejido.

Los quejidos, las voces querellantes, decodificó terminando de ambientarse, eran el idioma nacional del campamento.

—¿Por aquí?

—Sí, justo.

—Vayamos despacio.

Estaba atento a la situación, inmóvil como una suricata en medio de la pradera, cuando ella entró. Sostenía el celular entre el hombro y la cabeza. Cerró la puerta, le dedicó la mímica de un “hola” con la mano en alto y le hizo entender que tenía que sacarse la camisa.

Del otro lado, las voces adquirirían un dejo de abandono.

—Ah...

—¿Alivia?

—Oooh...

Un breve silencio.

—Oh.

Y un silencio mayor.

Entonces, ella dejó caer el celular en el bolsillo del guardapolvo y él preguntó si lo estaban haciendo. Fueron las primeras palabras que le dirigió. Por toda respuesta, ella se llevó el dedo a la boca.

El teléfono reiteró el zumbido de abeja.

Ella todavía sigue escuchando. No habla. ¿Será muda? Él piensa que en esos gabinetes algo funciona de manera inadecuada. Anormal. Porque, más allá de cualquier razón, no puede tomarse con naturalidad que de

buenas a primeras dos perfectos desconocidos coincidan a solas en esos espacios mínimos, en una intimidad que no es exagerado calificar de extrema. Hasta el ascensor que lo trajo es más amplio que el gabinete. A él no le gustan los ascensores, aunque reconoce que en ellos el movimiento es un factor atenuante, una descarga a tierra.

Está sentado en la camilla, con las piernas colgando, esperando que ella termine de escuchar.

En el gabinete vecino, el silencio es dudoso. En todo el campamento hay una elevación de esa música-fusión hecha del ronroneo de los equipos y la superposición de las respiraciones. Un coro de ópera o tal vez un DJ que sube el volumen para disimular lo que él ya descubrió: la vida secreta de esos gabinetes, lo que realmente pasa detrás de las paredes flotantes. El lugar es un estacionamiento de armaduras deseantes. El DJ controla el camuflaje, mezcla el jadeo de los aparatos con la vibración de los humanos. No son estertores de dolor sino de complacencia. El placer de los unos y los otros. La copulación está confirmada. El silencio turbio, la mordaza que le pusieron a sus propios rumores certifica lo que sucede, lo que se hace en ese preciso momento del otro lado de las mamparas.

Por fin, ella cierra el celular y lo suelta en el bolsillo del guardapolvo. Él la observa y da por hecho que no acaba de escuchar nada grato, ninguna buena noticia.

En un vértigo controlado, detrás de las mamparas, las voces regresan a la superficie:

—¿Aflojó?

—Sí.

No lo engañan con esa naturalidad falsificada. Ellos, quienes sean que son, recién se lamían, se frotaban, copulaban.

Más palabras de circunstancia:

Por un tiempo, no muevas bibliotecas.

La distancia fingida entre el profesional y la paciente.

A él lo enoja la indiferencia de la quiropráctica, como si del otro lado de la mampara no hubiera pasado nada. Las ojeras y los labios igual de sombríos componen un triángulo que destaca la simetría de sus facciones. Ella no tiene la boca pintada ni usa maquillaje. El tinte de esos vértices es indicio de una anemia galopante o de una sensualidad desnuda.

—¿Repasamos la historia?

Ella desliza la pregunta como si se conocieran, como si ya lo hubiera atendido otras veces.

—Una contractura, un pinzamiento, no sé —dice él.

Ella repite el gesto de la enfermera del cuadrito. No hay duda: todo debe hacerse en silencio.

—¿Mucho?

¿Mucho qué?, se pregunta. ¿Dolor, hormiguelo?

—Mucho. Baja por el brazo, hasta la mano. A veces me mareo.

Ella entonces lo toca. Le pone una mano en el hombro y otra en el brazo y lo empuja con suavidad sobre la camilla.

Él obedece, pero se recuesta boca arriba.

Ella deja caer los párpados, como agotada. Mete la mano en el otro bolsillo del guardapolvo y saca un blíster. Expulsa una pastilla y se la pone en la punta de la lengua. Inconfundible. Es clonazepam de un miligramo.

Abre los ojos.

—Al revés —le indica.

Lógico, el malestar se localiza en la espalda, por lo tanto debe cambiar de posición.

Si tuviera confianza, le pediría una de esas pastillas.

Maniobra despacio acomodándose en la camilla. Esa lentitud es adjudicable a la limitación que le impone el dolor. En realidad, es un movimiento indeciso, en el que se despliega un impulso que acaba por someterlo: se levanta de la camilla, extiende los brazos, atrae a la mujer contra su cuerpo y le hunde la lengua en la boca.

Ella retira la cara. No se escandaliza, no grita, no hace un movimiento brusco para quitárselo de encima. Es curioso, pero por primera vez ella deja entrever un atisbo de sonrisa. O de ironía.

Él la suelta como si se soltara a sí mismo, como si al dejar libre a la mujer se liberara de su propio arrebato.

—Perdón —suplica, en voz baja. Percibe en el paladar un residuo de saliva ajena y el astringente gusto del clonazepam.

Del bolsillo vuelve a escapar el zumbido de la abeja.

Él se pone boca abajo, repentinamente sumiso, con la cara de costado sobre la almohadilla, en una torsión incómoda.

Ella toma el teléfono:

—Escucho —dice. Y escucha.

La llamada, esta vez, es más extensa. Él duda entre ponerse la camisa y salir del gabinete o quedarse para pedirle disculpas.

Ella vuelve a cerrar el teléfono sin decir una palabra. Lo observa. Después se inclina y le habla al oído:

—¿Qué fue eso? ¿Te provoqué sin querer? ¿Te hipnotizó la calentura?

Él siente su respiración en la cara:

—Tenés derecho a estar caliente, a pretender hacerlo conmigo. A lo mejor te provoqué sin querer. Pero no te diste un segundo. Saltaste del trampolín sin mirar qué había abajo. ¿Te preguntaste quién soy? ¿Quién puedo llegar a ser? ¿Sabés qué me pasa? ¿Qué me pasa exactamente hoy? ¿Imaginas por qué mi teléfono suena cada dos minutos? ¿Sabés qué me dicen cuando atiendo? ¿Querés escuchar la próxima vez? ¿Te cuento? ¿Te atrevés a escuchar o vas a pedir, por Dios, que me calle?

Continúa hablándole en ese tono indulgente y monocorde, como si enumerara los ítems de una aburrida lista de cosas aburridas.

—¿A vos te preocupa lo que pasa detrás de las paredes?

Él murmura:

—Perdón. Es que este lugar...

Ella se incorpora:

—Shhh...

Ya sea por el placebo de la gota de clonazepam que tomó de su saliva o por el control que ella nunca perdió, él empieza a sentirse más tranquilo. Hasta cree que está de acuerdo con cada una de las palabras que le susurró al oído. De tener que responder, no sabe si querría enterarse de lo que le está pasando o qué le dicen cada vez que atiende el teléfono. Pero le gustaría saber quién es, aunque eso implique abrirse a lo demás.

Ella toma un frasco de la mesita en donde está el aparato de onda corta, desenrosca la tapa y saca una cantidad de gel que empieza a esparcir por su espalda.

—Reconocí lo que te mandaste —dice él—. Era clonazepam.

—A todos nos pasan cosas —dice ella.

—Te juro que...

—Shhh...

Ella ubica las bases de sus palmas en la zona alta de la columna, eleva los hombros y presiona con un ademán enérgico para alinear las vértebras.

Él deja escapar un quejido. Un quejido como tantos otros en ese campamento extraño.

Ella detecta el foco del dolor apenas inicia el masaje.

—Aquí está —dice—. Es un nudo marino.

—Oh...

—¿Se siente?

—Sí...

Del bolsillo del guardapolvo vuelve a brotar el zumbido de la abeja. Ella no reacciona.

Él encuentra la ocasión de ser amable:

—Por favor, atendé.

El zumbido continúa.

—Parece una abeja —insiste, levantando la cabeza de la almohadilla—. En serio, atendé.

El zumbido dura un poco más. De pronto, cesa. Pero lo que abunda en los alrededores, justamente, son zumbidos. Esa mixtura rumorosa de vibraciones de artefactos de ondas y rezongos de armaduras humanas. Otra vez el DJ sube el volumen para que, al fin, él descubra cómo es la vida secreta de esos gabinetes. Se acabaron las conjeturas.

Suspira. Largo, hondo, casi un gemido.

—Relajate —dice ella.

Las manos viajan a lo largo de su columna, los dedos se aprietan sobre sus vértebras. Siente la presión en la base del cuello. Es buena, no hay duda. Un masaje intenso, pero breve. A los pocos minutos siente que le aplica los electrodos en la región de la contractura y el clic que enciende el ronroneo del equipo de ondas. Él tiene los ojos cerrados, y aunque ella no acerca esta vez la boca a su oído, la escucha con claridad:

—Vas a darte cuenta cuando el equipo se apague. Entonces, con cuidado, te sacás los cablecitos y podés irte.

Él abre los ojos:

—¿Cómo se sacan los cablecitos?  
Del bolsillo resurge el zumbido de la abeja.  
—Aprendiendo —responde ella. Y desaparece del gabinete sin cerrar la puerta.





## Tesis

*Nada verás, en el espejo del alma con los ojos cerrados. Nada verás, con los ojos abiertos, en un alma a oscuras.*

Dassen Eslinger  
(1746-1802)

¿Quién se mete en un cine —lunes, tres de la tarde, con treinta y cinco grados de temperatura— para ver una rusada de seis horas llamada *La guerra y la paz*? Cualquiera. ¿Estudiantes de cine? Claro, yo, hace quince años. Y ese día: vendedores con sueño, desocupados, parejas clandestinas, un cura, un hare krishna y un visitador médico. Lunes, dije. A las ocho de la mañana del martes tenía que presentar la tesis sobre Serguei Bordarchuk, el director soviético. Así como uno no sabe qué basurita se le mete en el ojo, muchísima gente no tiene las más puta idea de qué se mete a ver cuando se mete en un cine. Y lo digo porque justo en el intermedio, cuando salí a la calle a fumarme un pucho, zas, se me metió la basurita. No vivo empastado, pero admito que las pastillas me ayudan a regular la ansiedad. Eran dos días sin dormir. Tampoco me caía de sueño. Con medio litro de café por hora y los puchos a mano nadie se duerme. Pero a una piedrita te la quitás del zapato y seguís; una basurita en el ojo, no. Restregás el párpado, pestañeás, te pasás el pañuelo y si no sale, sonaste. Ahora, ponete en mi lugar:

la película está por seguir y, de pronto, te quedaste tuerto. Sabés que yo me pongo nervioso. Corrí a mirar al espejo del baño con ese ojo incapaz de ver nada. ¿Qué era? ¿El ala de un mosquito, un granito de polvo, una pestaña? Nunca supe. Pero estaba. Lo sentía. Quise levantar el párpado. Una cosa es hacerlo a cara limpia; otra, con lentes de por medio. Pescar las pestañas, estirar el párpado, correrlo. Todo por detrás del lente, tan empañado como el espejo porque yo resoplaba como un rinoceronte. Sí, soy un inútil, un torpe con las manos, y la luz de ese baño era peor que la de una vela.

Inclinado sobre el lavatorio escarbaba con odio en el ojo. De la bronca, le pegué un tacazo al piso que resonó por todo el baño. Así empezó. Mi furia ante una platea de meadores. Se me soltó la cadena. Faltaban cinco minutos para que terminara el intermedio. Para mí era clave la segunda parte de la rusada. Con la primera puteada agoté todas las entradas del show. Hasta los que se iban sin lavarse las manos se quedaron. ¡Puteada, puteada, puteada! ¡Taco, taco, taco! Jamás bailé flamenco, sabés. Pero esos tacazos tenían más verdad que la de un bailar de pura sangre. Y las manos crispadas, la jeta torcida, una tensión dramática que, te juro, no abunda por los tablaos. ¿Qué esperaban? ¿Qué me saltara la bolita del ojo? Y les pregunté, en un grito: “¿Qué carajo miran?”

Alguien me dijo: “Calma, hijo.”

¿Viste *La guerra y la paz*? ¿Leíste el novelón de Tolstoi? ¡Quinientas páginas! Te digo; ¡Seis horas de película! No apta para impacientes con una tesis pendiente.

“Calma, hijo”, escuché que repetían. Enfoqué con el ojo sano hacia la periferia del lamparón que empañaba el espejo y distinguí la sotana, el cuello blanco. Se cree que estoy poseído y ahora pide que me arranque el ojo, como dice la Biblia, pensé. No. El cura me puso una mano en el hombro y ofreció mirarme. Ni loco. “¡Salga, padre!” Sereno, compasivo, él me bendijo: “La paz os dejo, mi paz os doy”, y se quedó ahí. “¡No me hable de paz ahora!”, ladré, a punto de morderlo, y se apareció el anaranjado. Mierda. ¿Un hare krishna? Y, sí. Te dije que había un hare krishna. Rapado, con la túnica, el lunar en la frente y la pandeleta en la mano. ¡Sonreía! “El espíritu sereno acepta el placer y el dolor con una mente tranquila, y no se conmueve por ninguno.” Hasta los que meaban dejaron de hacerlo. Yo me sentí capaz de matar. El krishna

miró al cura. ¿Se estaban disputando mi alma? “Son palabras de Bhagavad-Gita”, le dijo, y me tocó la nuca como si tocara un timbre: “Paz, hermano, paz.” Él debía creer que tenía poderes, que me daba un toque mágico. Por suerte me agarraron. Y entonces, en el tumulto, asomó el tipo. Un tipo común, bien afeitado, de traje. Abrió un maletín, miró a todos. Dijo: “Muestras gratis.”

Desenroscó un frasquito con gotero y sacó un blíster de una cajita. Mostró los dos elementos en alto, como los magos muestran las cartas antes de hacer el truco, y con voz de locutor, tiró: “Para la molestia del ojo, un colirio; para la paz espiritual, clonazepam, dos miligramos.” Y después, de costado, me apuró: “Dale, pibe, que empieza.”

No dudé. Me mandé las gotas, mordí una de esas pastillas y salimos del baño todos al mismo tiempo. Nos perdimos en la oscuridad de la sala. Ni le di las gracias al visitador médico. Las gotas y el clonazepam me aliviaron. Al toque.

Desde ese día, si me entra una basurita —donde sea: el ojo o el alma—, ¿qué querés que haga? Yo me emboco una pasta. ¿El martes? Sí, fui, pero me bocharon. Con la pastilla me dormí una tremenda siesta durante toda la segunda parte. Aprobé después. Dos meses después. Con *La guerra y la paz*, no. Los rusos son muy densos, muy dramáticos. Al final mandé una tesis sobre Matt Groening, creo que se pronuncia “Greining”, el creador de *Los Simpson*. Homero, un ídolo.



## ACTUACIONES



## Nousa y Siusa conversan (Un público y dos actores)

*Me llamarán utópico, pero yo prefiero pasar la vida esperando a Godot antes que dormir una noche en un hotel cinco estrellas.*

Tabasco Ribas

71

**L**es cuento:

Ésta no es una obra de teatro, pero podríamos decir que se trata de una puesta para salas de dimensiones pequeñas, de cámara, sin escenografía ni apoyatura musical. El único requisito —condición *sinequa-non* para una representación adecuada— es el acuerdo por escrito y firmado con el propietario de la sala y el productor, que garantice el cumplimiento de los términos que se precisan en un adjunto.

Personajes: Nousa y Siusa. Dos hombres de aproximadamente cuarenta años. Visten traje y corbata y no hay más detalles sobresalientes, salvo en uno de ellos, el de la izquierda, Siusa, quien lleva una peluca con claritos color manteca y anteojos de marco negro. Ambos actores están de perfil, parados frente a frente dentro de una luna de luz. Fuera de la luna de luz el escenario está en penumbra.

Actor que no usa peluca (Nousa): Encontré un lugar en el que no hay nada. Es decir: en el que está la nada.

Actor que sí usa (Siusa): Si es un lugar, hay algo.

Nousa: ¿Cómo?

Siusa: Si es la nada, no puede haber “un lugar”, como si se tratara de un envase.



Nousa: Para usted, la nada tiene que estar desnuda.

Siusa: Ni desnuda ni vestida. Si es nada, es nada.

Nousa: Insisto: existe.

Siusa: Justamente, existe, por lo tanto, no es nada.

Nousa: Tómelo como un contrasentido. La nada requiere de un espejo en donde no reflejarse.

Siusa: Supongamos que me la enseña, a la nada, digo, y yo la veo. ¿Cómo demonios la vería? Si fuera transparente tampoco sería nada: sería transparente.

Nousa: No, no, no...

Siusa: ¿No?

Nousa (con expresión de cansancio): Otra cosa: no es gratis. Para verla hay que pagar.

Siusa: ¿Pagar? Fantástico. ¿Aceptan tarjeta? ¿Dan factura?

Nousa: Cuando se asoma a verla ya es parte de ella. Eso tiene que quedar claro.

Siusa: ¿Qué, uno se muere?

Nousa: Nadie se muere, no se puede morir.

Siusa: Me confunde.

Nousa: Es, supongamos, como un nacimiento contrariado, como...

Siusa (interrumpiéndolo): ¿Cómo un feto amotinado en una placenta?

Nousa: No, tampoco.

Siusa (con entusiasmo sarcástico y parodiando a la partera): Con el último pujo la partera dice "¡ya viene, ya viene!", pero se queda con las manos vacías.

Nousa (después de un instante de estupor, con la vista perdida en el espacio vacío que dejaron las manos de Siusa): No, nada ¡simplemente nada!

Siusa: Usted disculpe, pero no le creo.

Nousa: Por favor, no se trata de creer o no creer. Esto no es una cuestión de fe.

Siusa: Son palabras.

Nousa: Perdone, pero ¿sabe una cosa?, lo que usted tiene es miedo.

Siusa: ¿Miedo?

Nousa: Temor, desconfianza, espanto.

Siusa: ¿Duele?

Nousa: Para nada.  
Siusa: ¿Seguro? ¿Se puede volver?  
Nousa: Usted, ¿alguna vez levitó?  
Siusa (levanta una ceja y trata de hacer memoria. Pero enseguida reacciona): Se burla de mí.  
Nousa: De verdad. Es como levitar.  
Siusa: Levitar es como flotar.  
Nousa: Bien, bien. Entrar en este lugar sería... como flotar, pero sin ser. Y en un lugar que no es.  
Siusa: ¿Y qué hago con las llaves de casa, con las cosas que tengo agendadas para el lunes?  
Nousa: Evidentemente, yo me explico mal. Ahí no hay puertas, no hay lunes.  
Siusa (con las manos en alto, como si se tomara la cabeza, pero sin tocarse): ¡Okey, okey!  
Nousa: ¿Quiere verlo, sí o no?  
Siusa: Bueno.  
Nousa: ¿Es un pacto?  
Siusa: Es un pacto.  
Nousa: Vamos  
Siusa: Vamos.

Cuando se escucha el segundo “vamos”, ambos actores se dan la mano, entrecierran apenas los ojos y quedan inmóviles, mirándose. Se miran como miran los miopes, como si cada uno entrevistara en los ojos del otro la línea de un horizonte borroso. Luego de unos diez segundos de contemplación, lentamente, van cerrando los ojos. Entonces suspiran al unísono, como si estuvieran extenuados, casi al borde del desmayo, y muy despacio comienzan a desmaterializarse.

El acomodador ya se retiró de la sala, al igual que el personal de boletería. También el portero, que al hacerlo dejó cerradas las puertas del teatro. En tanto, el público permanece sentado en la platea, en silencio. Sigue mirando la luna de luz, ahora vacía, esperando que la obra prosiga. Y lo cierto es que no.



## Nousa y Siusa muerden (Un público y dos actrices, más bandada de palomas)

*“Escribí una historia extraña, con tinta roja”, dijo Poe una fosca medianoche. “¿Seguro que era tinta?”, preguntó Polanski. Estábamos tristes. Fellini había muerto y el agua se oxidaba en la Fontana di Trevi.*

Tabasco Ribas

**L**es cuento:

Ésta no es una obra de teatro, pero podríamos decir que se trata de una puesta para salas de dimensiones pequeñas, de cámara. El único requisito —condición *sinequanon* para la representación— es el acuerdo por escrito del productor con el propietario de la sala, que garantizará el cumplimiento de ciertos detalles específicos que se precisan en un adjunto.

Nousa y Siusa, las protagonistas, son dos mujeres de unos treinta y cinco años. Visten pantaloncitos, guantes y botines de box. No hay más detalles sobresalientes, salvo en una de ellas, la de la izquierda, Siusa, quien lleva un sujetador sobre la remera. Nousa, bajo su remera, lleva los pechos sueltos. Ambas están de perfil, dentro de una luna de luz, en los extremos de una diagonal imaginaria. Fuera de la luna de luz el escenario está en penumbra.

Atriz que usa sujetador (Siusa): ¿Duele?

Atriz que no usa (Nousa): Arde un poco.

Siusa: No fue justo.

Nousa: ¿Vos no viste empate?

Siusa: Simplemente dije que no fue justo.

Nousa: ¿Qué? ¿Ganaste vos?

Siusa: ¿Qué parte de “no fue justo” no entendés?

Se escucha, cercano, el sonido ambiente del estadio. Se escuchan también tres campanadas que marcan el inicio de un nuevo round, en la continuidad de la velada boxística. Las campanadas suenan como las de una catedral y hacen que las palomas echen a volar. Son diecinueve palomas silvestres —plumaje gris oscuro— que abandonan los travesaños de la parrilla de luces de la sala, sobrevuelan la platea y el escenario y retornan al punto de despegue.

Nousa: Cada vez que suena la campana aparecen palomas.

Siusa (se limpia con el antebrazo la sangre que brota de una de sus cejas y escupe para no tragar la sangre del labio): Odio a las palomas.

Nousa (pendenciera): Si querés, si te quedaste con dudas, la seguimos acá. Definimos de una buena vez.

Siusa (con desaliento): ¿Vos te miraste la cara?

Nousa (abandona por un momento la actitud desafiante y mira en derredor): Es que en este vestuario no hay ni un puto espejo. ¿Quedé muy rota?

Siusa (se desentiende y mira hacia arriba repasando el recorrido que antes hicieron las palomas): Odio a las palomas porque me hacen acordar de él, cuando nos llevaba a la plaza.

Nousa (se pasa los guantes por la cara y se le manchan de sangre. Ella también está cubierta de cortes y moretones. Reacciona con sorpresa): Mirá, mirá... ¿Qué me hiciste, guacha?

Siusa (tiene los ojos cerrados y la boca abierta, dándole forma a un grito mudo, mientras se aprieta las orejas. Da la sensación de estar sometida a la presión de una morsa. Pasados unos segundos levanta los guantes y los golpea entre sí, por encima de la cabeza, repetidamente): Debimos habernos matado. Las dos. Ahí mismo.

Nousa (se tantea la frente, los pómulos y se revisa por debajo de las mejillas con la lengua): ¡Me desfiguraste, guacha, me desfiguraste!

Siusa: No, seguro que vos, a mí, me dejaste bonita.

Nousa: Tengo motivos. ¡Motivos! Vos, vos ¿qué...?

Siusa (ahora baja los guantes y los sacude a los costados del cuerpo como esperando que se le caigan): ¿Vos viste quién era el juez?

Nousa (sigue notificándose, al tacto, de su estado calamitoso. Le cuesta asumir cómo quedó después de la pelea): ¡Mirá cómo me dejaste...!

Siusa (vuelve a escupir sangre): ¿Entendés por qué digo que no fue justo?

Nousa: No. No entiendo.

Siusa (ahora, con los guantes apoyados en la cintura): ¿Cómo fue que dijo? Cuando te contó la protección: ¿cómo fue que te dijo...?

Nousa (se limpia los guantes ensangrentados en las pantaloncitos): Que sé yo, no sé. Estaba *groggy*. Lo escuché cuando te contó a vos.

Siusa: ¿Y cómo me dijo?

Nousa: “Un, do, tre...”

Siusa: Antes, digo. Antes de empezar a contar.

Nousa (duda, hace memoria, luego imita un tono de hombre): “¡Al rincón, vos al rincón! A ver, palomita, venga acá... un, do, tre”, así. Y siguió.

Siusa (acompaña el conteo y retoma, desde donde dejó Nousa, haciendo también la imitación de la voz del juez, mirando a Nousa con una intensidad expectante, esperando que ella se dé cuenta de algo clave): “...cuatr, cinc, seis, siet, och...”.

Nousa (reacciona): ¿Palomita?

Siusa: Eso es lo que yo oí.

Nousa: ¿Dijo “palomita”?

Se escuchan tres campanadas. Nousa y Siusa alzan la mirada y siguen el vuelo. Las palomas repiten el recorrido anterior.

Siusa: ¡Odio tanto a las palomas!

Nousa (señalándose el pantaloncito ensangrentado): ¡Cómo me puse!

Siusa (con énfasis, pero en un tono ausente): Y fue poco. ¡Vos dormís todas las noches! ¿Cómo podés dormir todas las noches?

Nousa (pensando en otra cosa): Yo me pregunto cómo puedo despertar. Porque despierto. Cada día. ¿Entendés eso?

Siusa (descriptiva): Yo, casi nunca, porque ni siquiera puedo cerrar

los ojos. Por casualidad, ¿vos sospechás lo que es el insomnio? ¿Sabés por qué existen personas que no pueden cerrar los ojos?

Nousa (ahora tajante. Tono de rebelión contenida): Rigurosamente, todos los días, ¡despierto, despierto, despierto!

Siusa (abandona el extremo de la diagonal imaginaria y se adelanta hacia el centro de la escena, acusatoria): Tenés coronita, sos una privilegiada. ¡Despertás porque dormís! ¡Por eso despertás!

Nousa (sin moverse de su lugar, irritadísima): Tenés razón: debí matarte ahí arriba. Pude hacerlo después de la cuenta de protección, pero te perdoné. Te dejé llegar a la campana.

Siusa (en el centro de la escena, bate el aire con el guante derecho, como dándole manija a algo): ¡Qué generosa, qué humana es ella! ¡La mujer que todas las noches puede irse a dormir!

Nousa (no tolera más. Sale lanzada desde su rincón imaginario. Puntea con la derecha y pega con la zurda. Es una tremenda combinación de golpes).

Siusa (vapuleada. Su cara flamea de un lado al otro. La sangre se torna abundante).

Nousa (después de la andanada, exhausta, se detiene).

Siusa (cae de rodillas por efecto de los golpes).

Por un momento, sólo se escuchan sus respiraciones con el arrullo de las palomas de fondo.

Siusa (a pesar de la paliza, reclama con una risa cínica): ¿Y qué soñás? ¿Soñás con el ángel de la guarda? ¿Soñás con Papá Noel?

Nousa (la observa. Se pasa un guante por la cara. El guante se mancha de sangre y se lo limpia en la remera, sobre el pecho): A pesar de la sangre, sos linda.

Siusa (insiste, ahora nada irónica): Contame qué soñás, Nousa.

Nousa (ofendida, escandalizada): ¿Cómo podés preguntar eso? ¿Quién sos para preguntar una cosa así?

Siusa (todavía caída y arrodillada): ¿Qué soñás, carajo? ¡Decí qué soñás!

Nousa (ayuda a Siusa a ponerse de pie): ¡Perdón, perdón, perdón!

Se escuchan las campanadas y las palomas sobrevuelan la platea y el escenario.

Siusa (tambaleante): ¡Esas palomas, por Dios!

Nousa (recordando): Las palomas...

Siusa (recordando): Él las llamaba..., no sé cómo hacía, pero las atraía...

Nousa: En la Plaza de Mayo.

Siusa: Yo trataba de espantarlas. Corría revoleando la campera para que se fueran, para que no se le acercaran.

Nousa: Y ellas bajaban en bandadas.

Siusa: Se armaba un revoltijo de aletazos.

Nousa: Decenas venían.

Siusa (acompaña su descripción con una insinuación física de los hechos): ¡Y él daba el manotazo! Pescaba a una por el gañote y... ¡trac! La descogotaba con dos dedos. Después la tiraba entre las plantas.

Nousa: ¡Qué revuelo! Quedaban un montón de plumitas flotando.

Siusa: Y las estúpidas volvían. Siempre volvían, al rato.

Nousa: Hasta que se metió esa mujer.

Siusa: Yo le dije que no se metiera. “Vayasé, señora”, le dije.

Nousa: Tan estúpida como las palomas.

Siusa: A ella también la pescó por el cogote.

Nousa: Fue un escándalo.

Siusa: Nos quedamos solas en la plaza.

Nousa: ¿Cómo hicimos para volver?

Siusa: ¿Volver?

Nousa: ¿No volvimos?

Siusa: ¿A dónde?

Nousa: A él no lo vimos más.

Siusa (mira a Nousa, sale de la ensoñación del recuerdo y cambia la voz para reiterar la imitación): Hasta hoy: “A ver, palomita...”

Nousa (incrédula): ¿Segura? ¿Era él?

Siusa: ¿No ves las palomas?

Nousa: No puede ser...

Siusa: Por favor: ¿qué soñas?

Aquí se inicia una especie de rápido contrapunto entre lo que Nousa dice y Siusa repite.

Nousa (como ida): Sueño con el padre de mi hijo.

Siusa: Padre de tu hijo...

Nousa: Sueño con el padre de tu hijo.



Siusa: Padre de mi hijo...

Nousa: Sueño que nuestros hijos son hijos de un mismo padre.

Siusa: Del mismo padre...

Se produce una pausa.

Siusa (pasa el reverso de un guante por la cabeza de Nousa en un gesto compasivo): Eso no es ningún sueño, nena. No es un sueño.

Nousa (aniñándose): Sí, es, es...

Siusa (perdiendo de pronto la paciencia): ¡No, idiota, te digo que no!

Nousa (se enardece y vuelve a soltar una andanada de golpes contra la cara de Siusa).

Siusa (recibe los golpes sin esquivarlos ni defenderse y entre uno y otro grita): ¡Hijo!, ¡padre!, ¡hijo!, ¡padre!, ¡hijo!, ¡padre!

Nousa (sigue golpeando): ¿Cómo, cómo, cómo?

Siusa (tiene la cara desfigurada por la sangre y los moretones, pero a pesar de eso no se calla, aunque el tono de su voz decrece. Estira un poco las palabras, como si hiciera una invocación o cantara): Hijo... padre... hijo...

Nousa (impotente, transmuta su agresividad en furia autodestructiva y empieza a golpearse a sí misma hasta caer a los pies de Siusa).

Por un momento sólo se escuchan sus respiraciones. Luego, un golpe amortiguado. Es una de las palomas que cayó de lo alto, a un costado, muerta. Ellas se vuelven atraídas por ese sonido y permanecen inmóviles, contemplándola.

Siusa (mira a Nousa, como si la descubriera de pronto): Sos linda, a pesar de la sangre.

Nousa: ¿Me abrazás?

Siusa (se arrodilla junto a Nousa): No puedo. Sería peligroso.

Nousa: ¿Por qué? ¡Abrazame!

Siusa: Ya sabés, no podemos.

Nousa: Pegame. ¡Entonces pegame!

Siusa (ignora este pedido): Está bien, Nousa, no importa: es un sueño. ¿Qué más soñás?

Nousa (demora un poco, pero al final accede): Sueño que nos lleva de la mano, nos arrastra a la plaza.

Siusa: ¿Y qué más?

Nousa: Que nuestros hijos son hijos de ese padre.  
Siusa: ¿Qué más?  
Nousa: ¡Que te mato, sueño que te mato...!  
Siusa se conmueve y olvidándose de todas las razones que le impiden hacerlo, abraza a Nousa y empieza a besarle las heridas.  
Nousa se deja abrazar y besar y después responde de la misma manera.

Se quitan los guantes.  
Nousa ayuda a Siusa a quitarse el sujetador.  
Se sacan las remeras, los pantaloncitos.  
Están sudadas, ensangrentadas y van lamiéndose los cuerpos ya completamente desnudos.

Las campanas suenan una vez más.  
Ahora, en vez de sobrevolar la sala, las palomas, de a una, empiezan a caer alrededor de ambas.

Ellas dejan de lamerse y chuparse para observar esa lluvia de palomas muertas.

Nousa: ¿Qué es lo que pasa?  
Siusa: Odio tanto a las palomas...  
Nousa: ¿Es un sueño?  
Siusa (maternal): Sí, mi amor, es un sueño.

Vuelven a besarse, a lamerse, esta vez con mayor energía.

Llegado a este punto, de acuerdo con las cláusulas del acuerdo, el acomodador ya abandonó la sala, al igual que el personal de boletería. También el portero, que al hacerlo dejó cerradas las puertas del teatro.

En tanto, los espectadores permanecen en silencio, atentos a las protagonistas en medio de la luna de luz.

Nousa y Siusa pasan de los besos y las lamidas a una voracidad carnívora. Se devoran sin quejas. Suena nítido el desgarrar de las carnes. Absortos, los espectadores ignoran el dolor que les causan sus propios dientes clavándose cada vez más hondo en los labios. Ni la tibieza sienten, de su propia sangre.



## ÍNDICE

AUDACIAS	
Infinitas maneras de medir el tiempo	11
Asusombra (1930)	23
EXTREMOS	
Aunque corras	37
La plancha	39
<i>Pendrive</i>	41
ANSIEDADES	
El polizón y los duendes	47
A todos nos pasan cosas	57
Tesis	65
ACTUACIONES	
Nousa y Siusa conversan (Un público y dos actores)	71
Nousa y Siusa muerden (Un público y dos actrices, más bandada de palomas)	75



*Extraños de ánimo*, de Alejandro Stilman,  
Premio de Cuento Caza de Letras 2012,  
editado por la Dirección de Literatura,  
se terminó de imprimir el 25 de octubre de 2013  
en los talleres de Navegantes de la Comunicación Gráfica, S.A. de C.V.,  
Pascual Ortiz Rubio 40, San Simón Ticumac, Benito Juárez, 03660, México, D.F.  
navegantes09@yahoo.com.mx  
Se tiraron 1 000 ejemplares en papel cultural de 90 gr.  
Se utilizaron en la composición tipos Bodoni Book de 7, 8, 9 y 10 pts.,  
Myriad Pro Bold de 8, 10 y 12 pts., y Futura Light de 18 y 24 pts.  
El cuidado de la edición estuvo a cargo de  
Carmina Estrada e Itzel Rivas Victoria.







